Col. 522
Top. 201. 551

63

SUR

SUR

DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO

☆

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Viamonte 548

U. T. 31 Retiro 3220

BUENOS AIRES

☆

COMITE DE COLABORACION

JOSE BIANCO

JORGE LUIS BORGES

ENRIQUE BULLRICH

CARLOS ALBERTO ERRO

ALFREDO GONZALEZ GARAÑO

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

EDUARDO MALLEA

MARIA ROSA OLIVER

FRANCISCO ROMERO

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número suelto . . . . . $ 1.—

SUSCRIPCION ANUAL

Argentina, América y España . . . . „ 10.—

(Por semestre $ 5.—)

Otros países { Año . . . . . „ 14.—
Semestre . . . . . „ 7.—

Se reciben suscripciones en la Administración de SUR
Igualmente para todo pedido de librería
dirigirse a:

VIAMONTE 548, BUENOS AIRES

EDICIONES SUR

Emily Brontë
(TERRA INCOGNITA)

por

VICTORIA OCAMPO

Una obra admirable y una vida patética interpretadas con lucidez y fervor.

• ($ 1.— m/n.)

Virginia Woolf, Orlando y Cía.

por

VICTORIA OCAMPO

El primer estudio completo en nuestro idioma sobre la famosa autora de "Orlando".

• ($ 1.50 m/n.)

SUR publicará en sus próximos números:

"Teoría de la Fiesta", por Roger Caillois.

"Acerca del racismo", por Paul Valéry.

"Pasado inmediato", por Alfonso Reyes.

"Discurso sobre Melibea", por Salvador de Madariaga.

"Solomonia la posesa", por Alexeï Remizov.

"Realización y Filosofía Crítica", por el Conde de Keyserling.

"Sobre un lenguaje sagrado", por Jean Paulhan.

"De la más pura felicidad del hombre", por Franz Werfel.

"La leyenda maldita de "La Viuda", por Bernardo Canal Feijóo.

EDICIONES SUR

"EL MITO Y EL HOMBRE"

por

ROGER CAILLOIS

Por vez primera se publica en castellano un libro del joven y prestigioso sociólogo francés.

($ 2.50 m/n.)

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

DICIEMBRE DE 1939 AÑO IX

BUENOS AIRES

H0006494
S1CJ.14.4.4 22
BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA 8 SET 1999
COLECC Nº 522
Top. 201.551

S U M A R I O

J U A N R A M Ó N J I M É N E Z
EL AUSENTE

G. S A N T A Y A N A
PRÓLOGO AL REINO DE LA VERDAD

J O R G E L U I S B O R G E S
LOS AVATARES DE LA TORTUGA

A L E X E Ï R E M I Z O V
LOS SONÁMBULOS

D E N I S D E R O U G E M O N T
EL POETA Y EL VILLANO

F R A N C I S C O A Y A L A
DIÁLOGO DE LOS MUERTOS

M A R Í A Z A M B R A N O
SAN JUAN DE LA CRUZ

N O T A S

LOS LIBROS por *Miguel Angel Virasoro, J. L. B., Eduardo González Lanuza* y *J. E. P.* ☆ CRÍTICA DE ARTE por *Julio E. Payró* ☆ CUESTIONES CIENTÍFICAS DE NUESTRO TIEMPO ☆ *José Babini*: Ciencia, religión y filosofía.

BIBLIOTECA NACIONAL
DONACION DE
Dr. Hugo Quintana
FECHA 8 SET 1999

E L A U S E N T E

1

SIMA ESTRAÑA

AIRE azul con sol azul,
pozo de absoluta luz
con brocal de peña nueva,
a tu fondo mi ser vuela
inflamado de alcanzar
la alta profundidad.

Yo sé bien que fuí creado
para lo hondo y lo alto,
que vivo en una estación
en la que sólo el amor
puede enardecer el ansia
de la profundidad alta.

Y sé que le da más luz
este amor a esta inquietud
que me consume; y lo quiero

porque subiendo en su fuego
pueden mis llamas llegar
a la alta profundidad.

2

MAR SIN MAR

ESTE mar que me trae y que me lleva,
azul y alto; morado; dulce y oro;
liso o tremendo; verde,
a ciudades sin fe, de tierras hueras,
¿es agua? ¿Puede ser
sólo agua?

Elemental
fuerza sin relación, aprovechable
para un cuerpo que va con soles varios
(luces de estampa sin destino)
a la esterior belleza diferente
que no mira con ojos de absoluto.

Lo justo eterno; lo definitivo
antes, después y siempre ¿dónde estaba?
¿Sólo era una tierra la que hacía
el mar, el todo mar, el solo mar?

El mar solo ¿no existe?
¿Era una entraña firme, un suelo visto,
un fondo alto
lo que te daba vida, mar?
¿Eras tú porque eres
fondo, porque descansas
en tierra?

¿En dónde estás tú, mar, el mar
que me cojió otro tiempo, igual
que la tierra, como
el amor o la muerte;
mar que no suenas y no callas,
que no amedrentas,
que no alegras; mar vano,
mar... que no importas?

Mar ¿no eras más que lado,
como el cielo no es más que guarda
de una tierra, una madre?
¿No prendes tú raíz, no te la llevas,
no abres alas tan sólo para ti?

Mar ¡fué posible! Sólo cantidad,
para mí, calidad, temperatura,
ciencia, hora,
un día, un día largo, blanco, negro,

un siglo pardo, largo, negro,
un orbe negro, largo,
un todo negro.

3

DIOS VISITANTE

EN las palmas canta un dios
con pico de hombre.
¿No lo miras
cómo se asoma y se esconde?

Nos dice lo que queremos
y entre lo oscuro lo pone.
¿Y quién es
el que primero lo coje?

El pájaro tiene cara
y sabemos que nos oye.
Le da la luna,
le da la sombra en su nombre.

Con el aire azul y verde
le da la luz en sus sones.
Oye bien
cómo nos dice "Yo soy".

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

PRÓLOGO AL "REINO DE LA VERDAD"

Un lector de buena fe no hallará dificultad alguna para entender el sentido en el cual es aquí usada la palabra *verdad*. Es el sentido mismo que la palabra tiene en la conversación ordinaria; por eso, con estos refinamientos como los que me veo llevado a sugerir, no pretendo la subversión del sentido escueto de la palabra, sino únicamente el ponerlo en claro y confirmarlo. En esta cuestión, como en tantas otras, sigo al sentido común; no, por cierto, en aquello que tiene de convencional, ni tampoco en lo que respecta a los dogmas populares que pueden ser locales, verbales, míticos y contradictorios. Sigo al sentido común en su general impulso y en esas sus presuposiciones que constituyen, verdaderamente, la única base posible de la ciencia, de la literatura y del trato humano.

No obstante, incumbe a los filósofos usar las categorías del sentido común (tales como deben ser, si han de ser consistentes e inteligibles) criticándolas y reformándolas, al paso. La categoría de verdad, en especial, ha sido últimamente sometida a un empleo harto rígido, y aquellos que viven de lleno en las controversias contemporáneas, sobre todo en América, podrían muy bien preguntarme, no sin cierta irritación, qué es lo que en última instancia entiendo por verdad. En atención a esos expertos de la lógica, séame permitido explicar cómo uso dicha palabra. De hecho, ya lo he explicado en varias ocasiones; y nada

mejor puedo hacer que colectar, aquí, unas cuantas de esas explicaciones incidentales. Pueden empedrar la ruta, de un modo ingenuo y conveniente, para las elucidaciones siguientes:

"La verdad significa, en rigor, la suma de todas las proposiciones verdaderas, que la omnisciencia afirmaría: todo el conjunto del sistema ideal de calidades y relaciones que el mundo ha dado, o dará, en ejemplo. La verdad es toda cosa vista bajo forma de eternidad... Cada hombre pensante asume siempre la realidad de una verdad activa, comprensiva y en gran parte incógnita, de la cual pretende referir una porción. Lo que [el crítico psicológico] llama, harto confusamente, verdad, y apetece reducir a una función pragmática, no es esta verdad más honda —suma de todas las proposiciones verdaderas— sino meramente la cualidad abstracta que todas las proposiciones verdaderas tienen en común, forzosamente para recibir el nombre de verdad. Entiende por verdad la corrección simplemente. La posibilidad de corrección, en una idea, es para él un grande enigma a causa de su idealismo, el cual identifica las ideas con sus objetos; y se pregunta hasta qué punto una idea puede nunca llegar a ser correcta o incorrecta, como si estuviera referida a algo más allá de sí misma.

"El hecho es, naturalmente, que una idea puede ser correcta e incorrecta tan sólo si entendemos, por la palabra idea, no un dato sino una opinión; y la relación abstracta de corrección, en virtud de la cual no hay opinión verdadera, se expone fácilmente. Una opinión es verdad si aquello que dice está constituído tal y como exige la opinión que esté constituído... No es una cuestión de analogía o derivación entre un dato pasivo y un objeto oculto; es una cuestión de identidad entre un hecho afirmado y un hecho existente. Si una opinión no puede brincar libremente hacia su objeto, por muy distante e hipotético que sea, y afirmar algo de ese objeto dilecto, esa opinión no podría ser ni siquiera muy errónea, pues que no sería, entonces, una opinión acerca de nada" (*Character and Opinion in the United States*).

"La experiencia que incluso consigue, quizás, que el propio empirista se alerte ante el ser de la verdad —y lo haga evidente para el hombre enérgico— es la experiencia de la mentira de los demás. Cuando se me acusa falsamente, cuando se me representa como pensando lo que no pienso, me rebelo contra esa contradicción a la evidencia de mi conocimiento; y cuando el otro asegura que yo soy el mentiroso y hasta una tercera persona pudiera mantener fácilmente esa hipótesis y decidir contra mí, me percato de que un dicho puede hacer cara a los hechos. Entonces veo, claramente, que existe una descripción comprensiva y convencional para cada hecho y que aquellos que lo refieren tal y como sucedió lo cuentan en parte, mientras que, por el contrario, los mentirosos lo contradicen en algún detalle. Y algo más de reflexión puede convencerme de que hasta el embustero no tiene más remedio que reconocer el hecho hasta cierto punto, pues, de lo contrario, no sería *ese* hecho el que ha tergiversado; y asimismo la memoria y la creencia fidedignas, aun cuando fueran incontestables, no son cabales y no implican la convención de la creencia y de la memoria, puesto que son ya más claras y más vagas, y están sujetas a error y corrección. Esta descripción comprensiva y convencional de cualquier hecho, que yo, ni hombre alguno, puede nunca revivir plenamente, ésa es la verdad acerca de ello" (*Scepticism & Animal Faith*).

"Cuando *la verdad* está usada en el sentido abstracto de corrección o de la cualidad que todos los juicios correctos tienen en común, entonces es otra palabra (acaso: *hechos* o *realidad*) la que debería de ser usada para esa descripción comprensiva y convencional del objeto, a la cual se conforman los juicios correctos. Pero un hecho no es una descripción de sí mismo y así como la palabra *realidad*, si se entiende como significando existencia, no puede tampoco designar una descripción que es únicamente una esencia. Los hechos son transitorios... y cuando han caducado es ya tan sólo su esencia lo que subsiste y lo que puede hacer verdad esos juicios, rescatándolos en parte y asignándolos al juicio

retrospectivo. Las opiniones son verdaderas o falsas, repitiendo o contradiciendo alguna parte de la verdad acerca de los hechos que enfrentan; y esa verdad acerca de los hechos es su descripción comprensiva y convencional.

"La verdad no es una opinión, ni siquiera lo es una verdad ideal, porque además de lo limitado que es el alcance propio de las opiniones humanas al que no podría escapar, ni siquiera la opinión más íntegra y certera sería precedente a ciertos términos e implicaría una fuerza conductora; y esta fuerza podría ser alterada o tergiversada sin caer en error. Y, así, la verdad es el campo en el cual se cruzan varias opiniones en direcciones varias, y no la opinión misma. Hay una diferencia, todavía más impresionante, entre la verdad y cualesquier discurso verdadero, a saber: que ese discurso es un hecho. Tiene un dato que no es el del tema aunque el tema sea existencial y más o menos contemporáneo; y en los seres humanos el discurso está en conexión casi enteramente con el pasado tan sólo, en tanto que la verdad es indatada y absolutamente idéntica si las opiniones que intenta reproducir surgen antes o surgen después del hecho que la verdad describe" (*Scepticism & Animal Faith*).

"Si no hubiera ninguna verdad absoluta, integral y eterna, los diferentes puntos de vista tomados de tarde en tarde por los individuos serían absolutos. Serían impertinentes unos a otros e incomparables respecto a la verdad, no teniendo cada cual más objeto que la esencia que se manifiesta en ella. Si los puntos de vista pueden ser más o menos correctos, y acaso complementarios los unos respecto a los otros, es porque se refieren al mismo sistema de la naturaleza, cuya completa descripción, abarcando todo el pasado y todo el futuro, sería la verdad absoluta. Esta verdad absoluta es ese segmento del reino de la esencia, al cual le sucede el hecho de ser ilustrado en la existencia. La cuestión de si una esencia dada pertenece o no a este segmento —esto es, si una idea sucedida es o no verdadera— tiene una importancia trágica para

un intento animal de descubrir y describir lo que existe o ha existido o se halla destinado a existir en su mundo. Y rara vez halla el ocio de demorarse en las esencias, aparte de su verdad supuesta; hasta su belleza y su esquema dialéctico se le antoja harto trivial, a menos que sean significativos de hechos en el reino de la materia, ajustando su destino. Por lo tanto, le doy un nombre especial a este trágico segmento del reino de la esencia, y lo llamo Reino de la Verdad" (*The Realm of Essence*).

"Una descripción comprensiva (de un hecho cualquiera) incluye también todas las radiaciones de ese hecho; quiero decir, todas las perspectivas del mundo de los hechos y del reino de la esencia, que se obtiene tomando ese hecho como un centro y contemplando todas las demás cosas únicamente en relación con él. La verdad acerca de un hecho cualquiera es, por tanto, infinitamente extendida, aunque crezca más sutil, por decirlo así, a medida que se aleja uno hacia hechos cada vez más lejanos o hacia ideas cada vez menos pertinentes. Se trata de la salpicadura que produce un hecho o de la penumbra que irradia al caer a través del reino de la esencia. Ninguna opinión puede, evidentemente, abarcarlo todo o identificarse con él, ni puede ser identificada con los hechos a que se refiere, puesto que están fluyendo y ella es eterna" (*Scepticism & Animal Faith*).

"La eternidad de la verdad le es inherente: todas las verdades —no sólo las grandes— son igualmente eternas... La gente inspirada, que es demasiado ardiente para pensar, identifica, a menudo, la verdad con sus propias creencias... Las verdades eternas, pues, son creencias que los remotos antepasados del hombre mantuvieron, según es fama, y a cuyos más remotos descendientes les ha sido vedado abandonar. No son, naturalmente, creencias eternas; ni las opiniones de los hombres, ni el pensamiento, ni nada existente puede ser eterno: la eternidad es una propiedad de las esencias únicamente. Y aunque todos los espíritus del cielo y de la tierra hubiesen ido tan lejos, unáni-

memente, en cualquier punto de doctrina, no hay razón, excepto la monotonía e inercia de la naturaleza, para que su lógica, o religión, o moral no cambie mañana, de punta a cabo, si todas ellas llegasen a ser, de pronto, más cuerdas o de una locura más diferenciada" (*Scepticism & Animal Faith*).

"La verdad, por muy noblemente que pueda aparecer ante la mente científica, es ontológicamente cosa secundaria. Su eternidad no es sino la estela del barco del tiempo, un surco que la materia tiene que arar, cara a cara con la esencia. La verdad tiene que tener un tema, debe ser la verdad acerca de algo; y su carácter, en cuanto objeto móvil, consiste en conducir la verdad y definírsela a la verdad misma, pues que eso es lo substancial y fundamental en el universo" (*Scepticism & Animal Faith*).

"La marea de la evolución acarrea toda suerte de cosas delante de ella; tanto los pensamientos como los cuerpos, las personas como las naciones. No obstante, todas las cosas son eternas en su estado, como la verdad lo es. El lugar que un hecho ocupa en la historia es su sitio inalienable; el carácter que un acto o un sentimiento posee, de pasada, es su carácter inalienable. Ahora, la mente humana no es meramente animal, ni está meramente absorbida en la transición sentida de un estado de vida a otro. Es, en parte, sintética, intelectual, contemplativa, capaz de mirar antes y después y ver las cosas fugaces al mismo tiempo en sus mutuas relaciones, o como dijo Spinoza, bajo forma de eternidad. Ver las cosas bajo forma de eternidad es verlas en su verdad histórica y moral, no tal y como aparecen al pasar, sino como permanecen cuandò son idas. Cuando la vida de un hombre ha pasado, permanece la verdad de que ha vivido; es verdad que ha sido una clase de hombre y no otra. En el mosaico infinito de la historia, ese pedazo tiene su color permanente y su función y efecto perpetuo. Un hombre que se entiende a sí mismo bajo forma de eternidad, conoce la calidad que le pertenece eternamente y sabe que no puede morir del todo aun-

que quisiera, pues cuando el movimiento de su vida es ido, la verdad de su vida permanece. Él, como hecho, es una parte sempiterna del contesto infinito de hechos... Los animales son mortales, sin saberlo, e indudablemente presumen, en su locura, que vivirán por siempre. Únicamente el hombre sabe que debe morir, pero ese mismo conocimiento le exalta en un cierto sentido sobre la mortalidad, haciéndole participar en la visión de la verdad eterna. Llega a ser el espectador de su propia tragedia; tanto simpatiza con la furia de la tormenta, que no tiene oídos para el marinero en el naufragio, aunque el marinero sea su propia alma. La verdad es cruel, pero puede hacerse amar, y hace libres a los que la han amado" (*Introduction to Spinoza's Ethics*).

G. SANTAYANA

LOS AVATARES DE LA TORTUGA

Hay un concepto que es el corruptor y el desatinador de los otros. No hablo del Mal, cuyo limitado imperio es la ética; hablo del infinito. Yo anhelé compilar alguna vez su móvil historia. La numerosa Hidra (monstruo palustre que viene a ser una prefiguración o un emblema de las progresiones geométricas) daría conveniente horror a su pórtico; la coronarían las sórdidas pesadillas de Kafka y sus capítulos centrales no desconocerían las conjeturas de ese remoto cardenal alemán —Nicolás de Krebs, Nicolás de Cusa— que en la circunferencia vió un polígono de número infinito de ángulos y en toda línea recta el arco posible de una circunferencia infinita. Cinco, siete años de aprendizaje metafísico, teológico, matemático, me capacitarían (tal vez) para planear decorosamente ese libro. Inútil agregar que la vida me prohibe esa esperanza, y aun ese abverbio.

A esa ilusoria *Biografía del infinito* pertenecen de alguna manera estas páginas. Su propósito es registrar ciertos avatares de la segunda paradoja de Zenón.

Recordemos, ahora, esa paradoja.

Aquiles corre diez veces más ligero que la tortuga y le da una ventaja de diez metros. Aquiles corre esos diez metros, la tortuga corre uno; Aquiles corre ese metro, la tortuga corre un decímetro; Aquiles

corre ese decímetro, la tortuga corre un centímetro; Aquiles corre ese centímetro, la tortuga un milímetro; Aquiles Piesligeros el milímetro, la tortuga un décimo de milímetro y así infinitamente, sin alcanzarla... Tal es la versión habitual. Wilhelm Capelle (*Die Vorsokratiker*, 1935, página 178) traduce el texto original de Aristóteles: "El segundo argumento de Zenón es el llamado Aquiles. Razona que el más lento no puede ser alcanzado por el más raudo, pues el perseguidor tiene que pasar por el sitio que el perseguido acaba de evacuar, de suerte que el más lento siempre le lleva una determinada ventaja". El problema no cambia, como se ve; pero me gustaría conocer el nombre del poeta que lo dotó de un héroe y de una tortuga. A esos competidores mágicos y a la serie

$$10+1+\frac{1}{10}+\frac{1}{100}+\frac{1}{1000}+\frac{1}{10.000}\ldots+\frac{1}{n}\ldots+\frac{1}{\infty}$$

debe el argumento su difusión. Casi nadie recuerda el que lo antecede —el de la pista—, aunque su mecanismo es idéntico. El movimiento es imposible (arguye Zenón) pues el móvil debe atravesar el medio para llegar al fin, y antes el medio del medio, y antes el medio del medio del medio, y antes [1]...

Debemos a la pluma de Aristóteles la comunicación y la primera refutación de esos argumentos. Los refuta con una brevedad quizá desdeñosa, pero su recuerdo le inspira el famoso *argumento del tercer hombre* contra la doctrina platónica. Esa doctrina quiere demostrar que dos individuos que tienen atributos comunes (por ejemplo, dos hombres) son meras apariencias temporales de un arquetipo eterno. Aristóteles interroga si los muchos hombres y el Hombre —los individuos temporales y el Arquetipo— tienen atributos comunes. Es notorio que sí: tienen los atributos generales de la humanidad. En ese caso, afirma

[1] Un siglo después, el sofista chino Hui Tzu razonó que un bastón, al que cercenan la mitad cada día, es interminable (H. A. Giles: *Chuang Tzu*, 1889, página 453).

Aristóteles, habrá que postular *otro* arquetipo que los abarque a todos y después un tercero y después un cuarto... Patricio de Azcárate, en una nota de su traducción de la Metafísica, atribuye a un discípulo de Aristóteles esta presentación: "Si lo que se afirma de muchas cosas a la vez es un ser aparte, distinto de las cosas de que se afirma (y esto es lo que pretenden los Platonianos), es preciso que haya un tercer hombre. *Hombre* es una denominación que se aplica a los individuos y a la idea. Hay, pues, un tercer hombre distinto de los hombres particulares y de la idea. Hay al mismo tiempo un cuarto que estará en la misma relación con éste y con la idea y los hombres particulares; después un quinto y así hasta el infinito". Postulemos dos individuos, a y b, que integran el género c. Tendremos entonces:

$$a + b = c$$

Pero también, según Aristóteles:

$$a + b + c = d$$

$$a + b + c + d = e$$

$$a + b + c + d + e = f...$$

En rigor no se requieren dos individuos: bastan el individuo y el género para determinar el *tercer hombre* que denuncia Aristóteles. Zenón de Elea recurre a la infinita regresión contra el movimiento y el número; su refutador, contra las formas universales [1].

[1] En el *Parménides* —cuyo carácter zenoniano es irrecusable— Platón discurre un argumento muy parecido para demostrar que el uno es realmente muchos. Si el uno existe, participa del ser; por consiguiente, hay dos partes en él, que son el ser y el uno, pero cada una de esas partes es una y es, de modo que encierra otras dos, que encierran también otras dos: infinitamente. Russell (*Introduction to mathematical philosophy*, 1919, página 138) sustituye a la progresión geométrica de Platón una progresión aritmética. Si el uno existe, el uno participa del ser; pero como son diferentes el ser y el uno, existe el dos; pero como son diferentes el ser y el dos, existe el tres, etcétera. Russell opina que la vaguedad del término *ser* basta para invalidar el razonamiento. Agrega que los números no existen, que son meras ficciones lógicas.

El próximo avatar de Zenón que mis desordenadas notas registran es Hermann Lotze. Este fisiólogo (de cuyas conjeturas he logrado alguna suficiente noticia en páginas de James y de Harald Höffding) no acabó nunca de entender que una cosa pudiera obrar sobre otra. Razona que postular una influencia de A sobre B es postular un tercer elemento C, un elemento que para operar sobre B necesita de un cuarto elemento D, que no puede operar sin E, que no puede operar sin F... Para eludir ese *regressus in infinitum*, Lotze reduce a causas inmanentes las causas transitivas. Hace de los seres individuales, modos de una sustancia universal que los lectores de Spinoza no ignoran. Traduce los tumultos del universo en modificaciones interiores de esa sustancia.

Análogo (pero todavía más alarmante) es el caso de Francis Herbert Bradley. Este razonador (*Appearance and reality*, 1897, páginas 20-34) no se reduce a combatir la relación causal; niega todas las relaciones. Pregunta si una relación está relacionada con sus términos. Le responden que sí e infiere que esa confesión implica otras dos relaciones —que implican otras dos. En el juicio cualitativo *el alba es posterior a la noche* descubre un tercer término —*posterior a*— que se intercala entre los dos y que es preciso vincular a los dos, infinitamente. En el quizá poco enigmático juicio *el mármol es duro* distingue tres conceptos inconjugables (el tercero es la cópula) que vanamente se eslabonan y se persiguen. Transforma todos los conceptos en conceptos de objetos. Se le desintegra en las manos el universo. Refutarlo es contaminarse de irrealidad.

Lotze interpone los abismos periódicos de Zenón entre la causa y el efecto; Bradley, entre el sujeto y el predicado, cuando no entre el sujeto y los atributos; Lewis Carroll (*Mind*, volumen cuarto, página 278) entre la segunda premisa del silogismo y la conclusión. Refiere un diálogo sin fin, cuyos interlocutores son Aquiles y la tortuga. Alcanzado ya el término de su interminable carrera, los dos atletas conversan apaciblemente de geometría. Estudian este claro razonamiento:

a) Dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí.
b) Los dos lados de este triángulo son iguales a MN.
z) Los dos lados de este triángulo son iguales entre sí.

La alevosa tortuga acepta las premisas *a* y *b*, pero niega que justifiquen la conclusión. Logra que Aquiles interpole una proposición hipotética.

a) Dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí.
b) Los dos lados de este triángulo son iguales a MN.
c) Si *a* y *b* son válidas, *z* es válida.
z) Los dos lados de este triángulo son iguales entre sí.

Hecha esa breve aclaración, la tortuga acepta la validez de *a*, *b*, y *c*, pero no de *z*. Aquiles, indignado, interpola:

d) Si *a*, *b* y *c* son válidas, *z* es válida.

Y luego, ya con cierta resignación:

e) Si *a*, *b*, *c* y *d* son válidas, *z* es válida.

Carroll observa que la paradoja del griego comporta una infinita serie de distancias que disminuyen y que en la propuesta por él crecen las distancias.

Un ejemplo final, quizá el más elegante de todos, pero también el que menos difiere de Zenón. William James (*Some problems of philosophy*, 1911, página 182) niega que puedan transcurrir catorce minutos, porque antes es obligatorio que hayan pasado siete, y antes de siete, tres minutos y medio, y antes de tres y medio, un minuto y tres cuartos, y así hasta el fin, hasta el enmascarado fin, por invisibles laberintos de tiempo.

Descartes, Hobbes, Leibniz, Mill, Renouvier, Georg Cantor, Gomperz, Russell y Bergson han formulado explicaciones —no siempre inexplicables y vanas— de la paradoja de la tortuga. (Yo he registrado algunas en *Discusión*, 1932, páginas 151-161). Abundan asimismo, como ha verificado el lector, sus aplicaciones. Las históricas no la agotan: el vertiginoso *regressus in infinitum* es acaso aplicable a todos los

temas. A la estética: tal verso nos conmueve por tal motivo, tal motivo por tal otro motivo... Al problema del conocimiento: conocer es reconocer, pero es preciso haber conocido para reconocer, pero conocer es reconocer... ¿Cómo juzgar esa dialéctica? ¿Es un legítimo instrumento de indagación o apenas una mala costumbre?

Es aventurado pensar que una coordinación de palabras (otra cosa no son las filosofías) puede parecerse mucho al universo. También es aventurado pensar que de esas coordinaciones ilustres, alguna —siquiera de modo infinitesimal— no se parece un poco más que otras. He examinado las que gozan de cierto crédito; me atrevo a asegurar que sólo en la que formuló Schopenhauer he reconocido algún rasgo del universo. Según esa doctrina, el mundo es una ficción de la voluntad. El arte —siempre— requiere irrealidades visibles. Básteme citar una: la dicción metafórica o numerosa o cuidadosamente casual de los interlocutores de un drama... Admitamos lo que todos los idealistas admiten: el carácter alucinatorio del mundo. Hagamos lo que ningún idealista ha hecho: busquemos irrealidades que confirmen ese carácter. Las hallaremos, creo, en las antinomias de Kant y en la dialéctica de Zenón.

El mayor hechicero (escribe memorablemente Novalis) *sería el que se hechizara hasta el punto de tomar sus propias fantasmagorías por apariciones autónomas. ¿No sería ese nuestro caso?* Yo conjeturo que así es. Nosotros (la indivisa divinidad que opera en nosotros) hemos soñado el mundo. Lo hemos soñado resistente, misterioso, visible, ubicuo en el espacio y firme en el tiempo; pero hemos consentido en su arquitectura tenues y eternos intersticios de sinrazón para saber que es falso.

JORGE LUIS BORGES

LOS SONÁMBULOS

Si le asegura usted a un sonámbulo que ha hecho acrobacias durante la noche, éste no le creerá:

—Es enteramente absurdo. Juzgas a los demás de acuerdo con tu propio caso.

Así respondieron mis hermanos cuando intenté relatarles sus noches lunares.

También se encolerizaron cuando quise informarme de lo que sienten los humanos que son regidos por la luna — aquellos de quienes se habla obscuramente en los cuentos de hadas. Les mostraba su camino por las cornisas y les indicaba cómo, extendiendo los brazos hacia adelante o haciendo cortos movimientos de natación, se sostenían en el punto culminante del edificio (uno queda sofocado) con los ojos desmesuradamente abiertos, pálidos y vacíos, o con los párpados bajos, de donde chorreaban rayos de luna... (¿Por qué harán siempre lo mismo?).

¿Cómo me escuchaban los sonámbulos? Se irritaban cuando les interrogaba con demasiada insistencia, pero muy frecuentemente se burlaban de mí (me llamaban "mentiroso"). Comprendí que los sonámbulos carecen de memoria y nada pueden referir sobre ellos mismos.

La hija de Jairo "resucitada" y Lázaro "en la tumba" no podían recordar cuando les preguntaban acerca de sus noches y de sus días llenos de acontecimientos insólitos.

Los posesos y los embrujados que se confiesan a un sacerdote o cualquier persona benévola descubren, con su alma rebelada, lo que vieron y oyeron entre las cosas en torbellino, pero callan acerca de las conversaciones interiores de las cuales no pueden guardar recuerdo: gritos mudos, distintas voces de hombres, de cuadrúpedos y de pájaros.

El olvido de los sonámbulos es igual al gran olvido conservador del género humano, para quien la famosa "lágrima de niño" de Dostoievski, ese último argumento filosófico de la sana conciencia y de la intransigencia, no es otra cosa —hecha la verificación— que una imagen conmovedora, sin consecuencia.

¡El olvido y el silencio!

Cuando a veces murmura, el sonámbulo no va muy lejos, marca el paso, se equivoca; su propia voz, aunque delirante y sin memoria, basta para cerrarle el camino hacia la luna. Pero los sonidos extraños no le oponen obstáculos: la cama que cruje, la silla que cae.

Solamente el grito de un ser viviente puede restituirle a la vida normal.

Nunca se debe interpelar a un sonámbulo en acción: bruscamente despertado, grita, sufre convulsiones; su boca se llena de baba y solloza temblando; si le llaman desde la ventana cuando anda por los tejados, no se salvará: caerá y se estrellará contra los adoquines.

Acostado, observaba yo lo que ocurría de noche en la pieza de los niños, llena de luna, que las cortinas de las ventanas no lograban obscurecer.

Cada vez, al llamado misterioso de la luna, uno de mis hermanos salía por la ventana y, caminando por la cornisa, pasaba al otro lado de la casa. Bajaba por una cañería al patio, entraba en el gallinero y allí recogía cuidadosamente las plumitas y las amontonaba.

Regresaba por la misma ruta y, entrando en la pieza por la misma

ventana, se acostaba de nuevo y dormía apaciblemente, como si nada hubiera ocurrido.

Entonces, mi otro hermano bajaba de la ventana del segundo piso, del lado de la calle, franqueaba la reja erizada de picos, se mantenía unos instantes inmóvil en la vereda; luego escalaba la reja y marchaba por el patio, a lo largo del gallinero, hacia el depósito de leña. Allí ordenaba los trozos de madera, colocándolos uno encima del otro, uno grueso sobre uno delgado, como los *menhirs* de Carnac. Después de haber construído una curiosa alineación de madera, volvía por la pieza a la casa y reanudaba su sueño tranquilo.

Sus movimientos eran como los movimientos de la luz, como los del arroyo — se deslizaban a través de todos los obstáculos. Si aparecían en su camino, su contacto mutuo no era sensible: la envoltura lunar los preservaba.

¡Qué cosa asombrosa! ¡Ese olvido, ese silencio y esos actos, para nosotros sin finalidad alguna!

Los sonámbulos son siempre idénticos a sí mismos: para uno, el gallinero; para otro, el depósito de leña. Sin excepción.

En nuestro patio también vivía una joven, Liska.

Era la hija de un cerrajero; también ella era sonámbula. En la noche lunar, salía por la ventana, subía al techo, iba hacia la chimenea y se deslizaba en su interior. ¿Qué hacía en la chimenea? ¡Nadie lo puede decir!

Salía al cabo de algunos minutos, como si fuera a volar, y regresaba por la cornisa; flotaba, extendiendo sus brazos ennegrecidos, semejante a una diabla. Todo su rostro de zorro estaba sucio de hollín; sólo su camisa era azul bajo la luna; cuatro finos rayos de plata, dos en cada ojo, surgían de sus párpados cerrados y serpenteaban, brillantes, sobre sus blancos hombros huesudos.

La abuela resolvió curar a Liska de esa vergüenza.

Ella misma, cuando pequeña, había cometido iguales extravagancias: las refería con agrado, pero sus relatos nada tenían de terrible; al contrario, divertían a todo el mundo.

Cuando había luna llena se levantaba e iba, con los brazos flotantes, hasta un armario en donde se guardaban huevos. Tomaba unos diez, los colocaba en un tamiz y lo agitaba después de darse vuelta hacia la luna. Los huevos, a consecuencia de las sacudidas, saltaban en el aire como pececillos plateados. Y, cosa extraña, se entrechocaban sin romperse. ¡Eso sí que era gracioso!

Pero alguien quiso hacerle una mala jugada. Se llenó la boca de agua y quiso arrojar un chorro sobre los huevos. El chorro cayó sobre las manos de la niña. Los huevos se golpearon y se rompieron de pronto, y las cáscaras se cubrieron de oro. El tamiz pringoso se le escapó de las manos y cayó al suelo. Se sintió ella como atravesada por un torrente de llamas; golpeó las manos y despertó lanzando un grito.

Desde entonces no volvió a padecer sonambulismo. Pero los huevos son una cosa, mientras que deslizarse en una chimenea es cosa muy distinta.

La abuela, para curar a su nieta, puso al lado de la cama de ésta una palangana llena de agua: con los pies ardientes en el agua, Liska despertó. La anciana había logrado impedir que Liska entrara en la chimenea; pero Liska tuvo un ataque de epilepsia: de pronto, se puso a gritar sin motivo.

¡No hay agua que pueda detenerla!

Aunque Liska, desesperada, juró "por la luna": —¡Abuelita, no soy culpable! — la vieja la arrastró al convento de San Simón, donde se reúnen todas las posesas de Moscú, para el exorcismo. Al cabo de pocos meses, la muchacha era realmente presa de los demonios.

Nuestra vieja criada era paciente y dulce. Confiaba en la abuela de Liska que había verificado en su propio caso ("los huevos lunares")

y en el de Liska los efectos benéficos del agua, "de la misma esencia que la luna". Para poner fin a los paseos lunares, colocó una palangana llena de agua cerca de la cama, y luego se acostó en su rincón de la pieza.

Por la noche, se levantó para cierta necesidad y metió los pies en la palangana. Contrariamente a la creencia acerca del efecto calmante del agua —¿o quizá fuera una brujería de la luna?— la anciana se imaginó llegada a orillas de un río para lavar ropa. Pero no había ni una sábana, ni servilletas, ni pañuelos, ni siquiera un calzoncillo cualquiera. ¿Se los había llevado el viento o los había robado algún malvado? Empezó a deambular, extendiendo los brazos, buscando por la habitación, y así volcó una jarra de agua que le inundó la camisa.

—¡Hija! —exclamó—. ¡Me ahogo!

Y se ahogó.

Desde entonces llaman "ahogada" a la vieja, pero a mí me achacaron el asunto de la palangana. Cierto es que yo había puesto la palangana al pie de la cama de la criada, pero por lo demás no tuve culpa alguna.

Para interrumpir los peligrosos paseos nocturnos de mis hermanos, no se volvió a colocar agua sino que se pusieron rejas de madera en la ventana de la pieza: resultaba, pues, imposible salir por allí. Pero, contrariamente al axioma de que "la parte es menor que el todo", por donde el dedo de un hombre despierto no puede pasar se hunde fácilmente la mano entera de un sonámbulo. Empero, los esfuerzos de los durmientes deben detenerse ahí. No pudiendo hacer más, se alejan de la ventana y vagan angustiados por la pieza.

En camisón, con las piernas desnudas, aspirando con sus ojos muy abiertos y vacíos el rayo lunar que los llama, marchan desesperados, extendiendo los brazos que flotan en el aire de la pieza.

Lo he visto todo y nadie me vió.

Yo estaba en este mundo, y ellos no se veían uno a otro en su mundo lunar.

A la hora del crepúsculo, al atravesar la habitación, extendía involuntariamente los brazos. Por la noche, me arrastraron a la ventana: contemplaba la noche y, en su reino negro y turbio, en su hervor, distinguía seres bestiales alados: dragones, pájaros con cuernos y blanda cola, serpientes bigotudas... En las noches claras, miraba la luna en su viaje sin fin y, transportado por el éxtasis, hacía esfuerzos para comprender los detalles de la luz vacilante, para llegar hasta el elemento primario (cuando todo se reduce a cero, cero de las unidades, cero de las decenas, cero de las centenas, cero de los millares...), para alcanzar el fondo de su corazón, desde donde me parecía que alguien me llamaba.

Estaba absolutamente como un sonámbulo.

¿Lo soy?

Creo que siempre se oculta a los sonámbulos el hecho de que lo sean; nadie dice —¡Eres sonámbulo! (Excepción: la abuela de Liska).

Llena de vergüenza, la vieja quiso poner las cosas en claro, preguntándose: —¿Qué va a buscar de noche en la chimenea? ¿Qué hace en esa chimenea? ¿Y cómo no se ensucia la camisa?

Se evita dirigir la palabra a un sonámbulo; se habla de él en voz baja. Pero mi oído fino me permitía oír todo lo que se decía de mis dos hermanos; se limitaban a murmurar en voz muy queda:

—Pasan.

Mi hermano del "gallinero" lloraba con frecuencia y le llamaban "llorón". Se quejaba a menudo y mostraba su sien izquierda, que le dolía. Siempre estaba triste. Hacía bien los cálculos y más tarde fué contador.

Mi hermano, el de los "cubos de madera", de nada se quejaba

pero ponía de manifiesto una sensibilidad extrema. No podía dominar las lágrimas al leer párrafos conmovedores, y él mismo escribía versos de una gran dulzura. Siempre estaba enamorado, y pasaba horas soñando delante de una ventana. Tenía buena voz. Después de sus estudios secundarios ingresó en la Facultad de Medicina, pero pronto pasó a la orquesta filarmónica. Más tarde, sin mayor éxito, fué corredor de Bolsa.

En cuanto a mí, las cosas se presentaron de muy distinto modo.

Por lo demás, no me parecía a ellos exteriormente. Nunca lloraba, salvo una vez. Pero fué hace tanto tiempo que nadie lo recuerda fuera de mí. Lloré al despertarme, asustado por un incendio. Frente a nuestra casa ardía una fábrica de azúcar. Una gran masa azul, aérea, que chirriaba como un ser viviente al desmoronarse, cruzada toda ella por relámpagos. ¡Una piedra habría llorado!

Nunca lloraba y nada temía. Decían de mí que nada me conmovía. Pero en realidad, a pesar de mi coraza, lo sentía todo, aunque hablaban de mi "grosería". Esa "grosería" era atravesada por las emociones más finas, que guardaba encerradas en un recinto sin salida y, sin embargo, accesible a la luna. No era yo un sonámbulo sin defensa como mis hermanos.

Los sonámbulos, esos soñadores activos. (No han visto sueños o bien, si los han visto, no los recuerdan). ¡A mí, que no soy sonámbulo, me ha sido revelado el mundo memorable y maravilloso! Empero, es la misma luna la que viaja a través de los espacios, por encima del mundo de los sueños.

No sé por qué amargura la miraba yo: sus ojos verdes relucían; sembrando nubes plateadas se lanzaba de una estrella a otra ¡y no tenían fin su vuelo ni mi deseo de alcanzarla! Siempre más alto se iba volando, sin esperanza. Anegado en verde, no podía desprenderme de ella. Le tendía los brazos. Así la contemplaba, encadenado por el poder de su amargo resplandor verdoso. Y, enceguecido, me alzaba e

iba, insensible a todo, siguiendo siempre el plateado brazo que mostraba el Camino.

¡Cómo olvidar nuestra primera cita!

Si me reconocí en E. T. A. Hoffmann, es porque nuestros ojos tenían el mismo brillo, el del estremecimiento del fuego que muerde y de la luz lunar.

Fué mi madre quien, la primera, me enseñó este nombre: Ernesto Teodoro Amadeo Hoffmann. Fué la gitana bibliotecaria, amiga de mi madre, quien me dió los doce tomos de Hoffmann. "Cascanueces" y "El niño desconocido" fueron los primeros cuentos que me introdujeron en el círculo de los Hermanos Serapión. Ningún escritor está más cerca de mí.

Aún recuerdo los trozos de azul que llenaban la pieza, cubriendo mis sábanas, y mis dedos orlados de azul... Sus ojos azules miraban sin cesar; no tienen fondo; siento que penetran hasta mi corazón. Y no soy yo quien se lanza hacia ella; es ella quien viene a mí: pasa de una estrella a otra, inundándolo todo de plata azulada. Ahí está, en la ventana, con sus sortilegios. No puedo apartarme de su mirada y todo canta en mí. Con una canción que resuena como una campanilla de plata, voy hacia la ventana, tiendo los brazos hacia ella, y ella se aleja lentamente, mientras su cintura de rayos me arrastra en pos de sí.

¡Cómo olvidar mi primer sueño!

Es Gogol. Se me reveló por una canción ucraniana que escuché en Moscú. Gogol, el de un cielo extranjero y una armonía extranjera, resonó en mí. No podría decir que otro escritor ruso me haya encantado de ese modo, para siempre, por su verbo.

Hay una tercera imagen de la luna que nunca olvidaré.

Aparece detrás del campanario blanco del monasterio de San Andrónico. La oigo. Me asomo a la ventana. Se ha detenido. Su rostro pálido se ha aureolado de rosado. Cerca de sus ojos se extiende

una cruz inclinada, rosa sobre campo verde. Me ve. Nos miramos. Nada más. Está prohibido ir más lejos.

Distingo su cuchicheo... habla a media voz. Las sombras de sus palabras me agarran el corazón. Mis brazos caen a lo largo de mi cuerpo. Petrificado, cierro los ojos. Siento que no se ha ido, que está en la otra ventana, que me observa.

Comprendo en ese instante que no hay *víspera* ni *mañana*: están incluídas en el presente. Y soy responsable de lo que ha sido y de lo que he olvidado, y de lo que será y de lo que no podría imaginar. Lo veo todo, el destino entero.

Rosas retorcidas sobre campo verde y ojos de mirada fija que parecen cortantes: "Asesino". Deja caer gota a gota en mi alma su fuego negro de tarántula.

¿*L'Irréparable* de Baudelaire? ¿Dostoievski? Ese dolor, ese remordimiento y esa palabra misma, "asesino", provienen de *Crimen y Castigo*. Pero ¿quién es el escritor que me ha herido así, gravemente, al privar del día a mi pensamiento amargo? ¡Dostoievski!

No comprendo, ¿o fué que la luna me embrujó? ¿Cómo crucé ese patio sin fin, pasando cerca del gallinero donde mi hermano contaba las plumitas lunares, cerca del dormitorio de la fábrica en que Liska se escapaba por la chimenea, bajo la apariencia de un diablillo a la luz de la luna? Y tan cerca del depósito de leña donde mi otro hermano edificaba su construcción lunar; también pasando a lo largo de las tapias de la fábrica, en donde las puertas de hierro forjado hacían surgir en mi memoria al infortunado rapaz, mi compañero, cuyo cuerpo habría sido triturado por las ruedas y las correas, y donde la gallina con la pata de palo montaba guardia. Pasaba luego a lo largo de la carpintería, de las caballerizas, del gran portón de entrada de la casa blanca, y así llegaba hasta el cantero de flores. La casa quedaba en una entrante del antiguo recinto. Toda la pendiente, hasta la calle, estaba florida...

Pero nunca, hasta entonces, había visto semejantes flores: acababan de regarlas, abrían ávidamente sus corolas azules y blancas y respiraban, totalmente plateadas. Iba yo por un sendero estrellado de polvo muy azul y muy suave. Conmovido, me dirigía hacia el tragaluz de un sótano donde, detrás de los barrotes, vivía una de nuestras remotas parientes, a quien llamaban, por su bondad y su graciosa acogida, "abuelita" — el único ser que no nos ladraba en esa casa blanca.

Como siempre, miraba entre los barrotes.

No era la vieja abuelita quien se encontraba en el sótano: era algo así como la madre de alguien. Estaba cerca del tragaluz y enrollaba los hilos de una madeja de lana; sus ojos azules expresaron la alegría de volver a verme. Se puso de pie y, mirándome, me ofreció una manzana a través de la reja.

Tomé la manzana y me alejé. Era una "manzana de oro", llena de sol y de miel.

No caminaba yo por el sendero azul, sino directamente entre las flores, con la manzana apretada en la mano. No subía por la pendiente hacia la calle sino que, en un torbellino de polvo plateado y en el hálito de las flores, bogaba no sé hacia qué precipicio. Y sentía ojos que me seguían, que me acompañaban como rumorosas campanillas azules.

De pronto, después de una ráfaga perfumada, sentí que mi cabeza se cubría de vegetación. Sobre mi frente se mecían ramas. Así una de ellas, que pendía cerca de mi ojo derecho, y la arranqué de cuajo: era completamente verde.

Era un helecho.

ALEXEÏ REMIZOV

EL POETA Y EL VILLANO

El poeta decía con una bella voz de amargura:

—Si bien sabemos pesar invisibles rayos de energía, ya no tenemos medidas para las cosas divinas y humanas. Nuestros códigos no preven que el asesino de un noble sea castigado más severamente de que lo hubiera sido este noble asesinando a un siervo. Incluso la indulgencia para los ricos ha cesado de ser segura. Cualquier hombre vale tanto como otro —dice la ley— y este respeto vulgarizado linda con el desprecio. De ahí que un asesino tan pronto es perdonado, tan pronto decapitado. Se oscila del todo a la nada, según el humor de un jurado, por lo demás elegido al azar. No siempre ha sido así.

Hasta el siglo VIII de nuestra era, los bardos celtas fueron honrados en casa de los reyes. "El valor del bardo de palacio, es decir el precio que se debe pagar cuando se le mata, es de 126 vacas y, en caso de insulto, se le debe una indemnización de 6 vacas y 20 piezas de plata".

En otra parte se lee que si el bardo dirige una demanda al rey, debe cantarle un poema.

Si se dirige a un noble, tres poemas.

Si a un villano, es preciso que el bardo cante hasta no poder más...

Yo respondí a mi amigo:

—A cada uno según su hambre. Dichosos los que tienen una gran hambre: gracias a ellos hay grandes obras. Pues el villano que nada tiene que dar es quien os dará la alegría del canto, más preciosa que el objeto de vuestras demandas al rey.

—Sí, dijo el poeta. Pero sin nobles, sin reyes, ¿puede haber villanos?

DENIS DE ROUGEMONT

DIÁLOGO DE LOS MUERTOS

ELEGÍA ESPAÑOLA

Sin descanso, hora tras hora durante muchos días, había estado lloviendo sobre la tierra. Y ahora, el viento se llevaba a toda prisa los últimos jirones de nubes, dejando limpio el cielo, de un azul inverosímil, al mismo tiempo que arrancaba alaridos sordos, y todavía lágrimas, de los árboles sin hojas, negros, mutilados, crispados, desesperados, amenazantes.

No había nada por ninguna parte. Nada, sino silencio; un silencio húmedo que rezumaba, calaba hasta lo más hondo; un silencio que era la ausencia y el vacío de la atronadora refriega, ya pasada. No había nada, nada sobre la tierra... Bajo ella, muertos infinitos yacían en confusión, ahora casi tierra ya también ellos, y todavía lastimada humanidad, sin embargo; muertos preñados con el plomo de su muerte; muertos retorcidos en el horror de su martirio; muertos consumidos en la perfección absoluta de su hambre; muertos. Sepultados de cualquier modo, entre las raíces de los vegetales —entregados a esas garras ávidas, insaciables, vivificadas por la lluvia que había escurrido tan largamente por entre piedras y huesos.

Y los muertos, bajo la mudez angustiosa y como definitiva del mundo, entablaron un diálogo soterrado, sin comienzo ni final, ni acentos ni pausas; o quizás, mejor, tejieron una red de monólogos dichos en voz

apagada y blanda como ruido de pasos sobre las hojas caídas en un sendero, sucias de barro y de invierno.

—Esta mano —dijo uno—, este puñado de huesos que se quiere hundir en la caja vacía de mi pecho ¿perteneció a un amigo o a un enemigo? Siempre ahí, oprimiendo mi esternón con cruel ensañamiento de guitarrista, ¿no podré saber cuál fué su gesto de aquella hora para conmigo? La incertidumbre de aquel abrazo que se ha hecho eterno traslada a la eternidad la angustia de mi vida, dándole fórmula definitiva y simple.

Y otro:

—Ya todo acabó; ya todos somos unos. Nos une la tierra; nos iguala la tiniebla de la tierra; nos liga, tanto como nuestro amor, nuestro odio; nos hermana la comunidad de nuestro destino.

—Impío, burlón destino, si de todo hace tabla rasa y hueso mondo para hermanar en estratos de nuestro suelo a los enemigos, hasta el punto de no poderse distinguir ya el abrazo de la agresión. Y no sólo a los que nos hemos odiado por amor y nos hemos amado por odio, sino también a gentes que vinieron de otras tierras a profanar la nuestra con su codicia logrera, para caer sobre espinos y abrojos cuya fiereza no sospechaban.

—Así es, sin embargo; todos iguales. Y todos igual a nada. Es la grande y redonda verdad, a la que se llega por todos los caminos del mundo.

—En esta mascarada de la muerte ¿quién es quién, y quién conoce a quién?

—Para siempre, sumidos en este no conocer.

—Bajo las pisadas de los caballos, bajo la reja de los arados, bajo las nieves, y los soles, y los vientos.

—Convertidos ya en suelo patrio, en jugo nutricio de Historia, en dolor y orgullo de los que aún viven y de los que vivirán después.

—Pero ¿sigue la vida? ¿Otros siguen viviendo? ¿No quedó todo detenido de repente un día para nunca más?

—Seguirán su curso los ríos, de nuevo limpios después de haber arrastrado pesados, lentos despojos, (¡tanto y tanto han visto los ojos de sus puentes!). Seguirán su curso las estaciones del año en segura rotación: florecerá el campo, y luego volverá a ponerse adusto; vendrán soles blandos, indecisos, tras los soles violentos que arrancan de las breñas mariposas de luto y de fuego. Pero apenas puede concebirse que otros seres humanos sigan viviendo más allá de nuestra muerte, a nuestras espaldas, ni cabe imaginar siquiera esa vida. ¿Habían de ser ellos sangre caliente de nuestra sangre helada, y podrían comer los frutos regados con el jugo de nuestro corazón? ¡Seguir viviendo! Y luego ¡qué villana trivialidad, qué sabor insípido habrían de encontrarle ellos mismos a esa vida, cuando les reviniera a la boca el gusto amargo y glorioso de los días del sacrificio! No; no puede imaginarse tal vida.

—Ni en puridad existe. Pues parecen seres vivientes, y quizás creen serlo; pero no son sino nuestras sombras, dobladas de dolor, silenciosas, errabundas, vacías, aterrorizadas. Muchos tienen miembros de su cuerpo pudriendo ya entre nosotros; el alma, todos la tienen muerta. Son proyección nuestra, fantasma, nada. Si hablan, nada dicen; su voz es opaca, suena como el cristal de los vasos que un aire ha trizado; se advierte en ella el poso de lo que no llegó a decirse y ya no se dirá nunca. Si ríen, es con risa hueca de calavera, con risa de nervios y espanto. Y sus ojos nos buscan siempre, atraídos por los senos de la tierra; siguen a las hormigas, quieren distinguir las lombrices del fango, pretenden enviarnos mensajes con los animales que minan el suelo, — y ya no saben mirar de frente, huyen la vista unos de otros. ¡Pobres vivientes! ¡Cuanta compasión merece su suerte! Creyeron haber escapado con vida, y la vida se había escapado de ellos.

—Pero, no; que al menos saben, recuerdan. Si su vida quedó cortada como la nuestra, vacía de futuro, tienen en cambio todo el pa-

sado para revivirlo y paladear sus sabores, y desandar el camino una y mil veces. Y saben el nombre de cada uno, y pueden distinguir al enemigo...

—...y aún, en su insensatez de sombras, por la fuerza del hábito criminal, siguen asesinando y siendo asesinados, ya sin odio, sin pasión, lánguidamente, con desgana y hartazgo.

—En todo eso ha de haber, no obstante, una especie de vida y hasta, para algunos, de vida frenética.

—Pues ¿y los traidores, y los insensatos, y los sádicos —locos de atar que anduvieron sueltos—; los autores responsables de la tragedia; los verdugos; los frívolos profundos? Preservados por su contumacia los unos, por inconsciencia los otros, por la fuerza funesta de su instinto los demás, acorazados todos ellos tras su respectiva insania, vivirán, y vivirán plenamente.

—Creen vivir quizás, porque están en pie. Pero tienen corrompidas las raíces del ser.

—Los que perpetraron la traición, cegados por la soberbia y poseídos por la furia del mando, están protegidos contra la pesadumbre de todo cargo de conciencia por la liviandad de sus cerebros que les consiente aceptar sin examen los endebles idearios —sarcasmo, a la dura luz de hoy— con que apresuradamente quisieron vestir y dar hechura a su fechoría. En cuanto a sus partidarios, el séquito lamentable de los cobardes, pobres de espíritu, crueles por miedo, por resentimiento, hasta por ramplonería, esos, saciado con el terror su terror, se sentirán aliviados... Más penoso será el destino de los responsables, de la otra banda, de los primeros, o últimos, o sumos responsables, los que con su frivolidad propiciaron la traición; los flojos, los inhibidos, los débiles de voluntad, los pasivos, omisos y remisos, —lanzados ahora como tristes pingajos a la intemperie para rumiar sin tregua su culpa. Pues su infierno está hecho de su propia clarividencia, y su tormento de su análisis.

—Pero tal es su vida auténtica, la que cuadra a su condición. Si

ya terminó el mortal forcejeo que los aprisionaba, y han sido por fin liberados ¿qué mayor delicia? Les abrumaban las situaciones públicas que con tanto afán habían alcanzado; el peso de sus codiciados cargos y prestigios se les vino encima de improviso, al tornárseles en verdades ardientes las mentiras de su boca; y creyeron morir aplastados, porque sus enemigos tardaban ya en venir a desligarles. ¡Qué encanto, ahora, poder saborear el agridulce de la derrota, lejos, solos! ¡Y qué secreta gratitud hacia sus enemigos-libertadores que han convertido al pueblo indómito en un sosegado pueblo de cadáveres! Sí, ésos también viven sin duda, y viven en su elemento, como el pez en el agua.

—No porque sean muertos de nacimiento son menos muertos. Los fuegos fatuos de su intelectualismo, su profesionalismo, de sus pseudos y sus paradojas, pudieron pasar a veces por brillo de vida, no habiendo sido nunca sino luces mendaces de cementerio, vanidad de pudridero y gala de osario.

—¿Distinguirán, acaso, en la masa compacta del silencio del mundo, en el obstinado callar de los muertos y de las sombras mudas que aún recorren la superficie de la tierra, las vetas de desprecio hacia su ser, el verde y amarillo de la náusea, al igual que los otros perciben sin duda flecos del odio salpicándoles en el rostro como el salivazo caliente, cárdeno, agrio, de la sangre de sus víctimas?

—Sea como quiera, todos merecen compasión; también ellos, unos y otros. No porque el loco ignore su locura, su desvarío frenético o su desvarío caviloso, es menos digno de aquélla. Pues, en realidad, se compadece en él, no tanto a él mismo como a la Humanidad entera: el no saber y no sentir; la inocencia patética de los recién nacidos; el titubeo de los viejos a quienes, de pronto, se les ha hecho desconocido el mundo; el tantear desesperado de todos hacia lo que no entienden, o entienden mal. Y hasta, más allá de las fronteras humanas, el propio pasmo de los animales sujetos a un destino que no alcanzan.

—Y ¿hemos de ser nosotros quienes los compadezcamos a ellos, que viven o creen vivir, culpables y traidores; nosotros, la legión innu-

merable de los sacrificados, de los que estamos comiendo tierra y los que comen, por comer algo, la yerba y las raíces de la tierra?

—Nosotros, sí, que los contemplamos desde esta gran verdad impasible, unidos para siempre en el anónimo de cada uno y la gloria de todos.

—Nosotros que, todavía fresca la sangre en los labios de la tierra, húmedos aún los pañuelos, calientes los escombros, rotas las gargantas, aterrados los pájaros, nos hallamos instalados ya en una inmortalidad severa, impasible, marmórea, distante.

—Pero ¿es que puede fundarse en nuestra terrible muerte gloria alguna, más allá de la piedad que trasciende de las piedras calcinadas y rotas; orgullo alguno, sobre desolación tan grande? Pues, por nuestra obra, bajo el cielo, de norte a sur y de oriente a occidente, toda la geografía es cementerio: cementerio las marismas, los valles, las llanuras, las montañas violentas y las dulces rías, los huertos y jardines; cementerio las lagunas y pantanos; cementerio los suburbios de las ciudades, el borde de las carreteras, las playas, el lecho de los ríos. Y los hombres mismos son cementerio de sus muertos, — encierran dentro, pudriendo, sus muertos: padres, hermanos, hijos, amigos. Y enemigos. Enemigos, sí; que también los enemigos se llevan sobre el corazón, y hacen hediondo el aliento de quienes los han matado con sus manos o con el deseo.

—La tierra ha quedado abandonada, sucia. Perros famélicos van de un lado para otro poseídos de su tristeza inefable; husmean; siguen huellas de personas que ya no existen; mastican interminablemente trapos negros manchados de barro; y luego, rendidos, se tienden con el hocico sobre las patas, — desvelados, añorantes, alucinados, locos, sin amo, sin casa, sin sombra.

—Esa es la tierra que nos cubre. Y junto a ella, el mar oleaginoso, pesado, lame lentamente las orillas, denso de sales y yodos, siempre vomitando caracolas, lúbricas algas; siempre amenazando con devolver

quién sabe qué; el mar plomizo, inerte, dormido, mudo, insinuante, amargo, irónico.

—Acaso hemos hecho estéril el suelo por cuyo amor dimos la vida, al sembrarlo tan copiosamente con la sal de nuestros huesos.

—Y si por rehacer el país lo hemos deshecho; si soñamos engrandecerlo y ha quedado encogida la pobre piel de toro ¿no será también mentira la gloria del panteón inmenso? ¿No será sólo, en verdad, inmenso estercolero; y fingida no más la memoria de mármol y bronce?

—La saña del destino no puede excederse a sí misma y trocar en crónica lamentable la bien ganada epopeya de nuestro heroísmo, de nuestra resignación sin fondo y nuestra alegría sin bordes; de nuestra furia y de nuestra hambre, de nuestra firmeza y nuestra paciencia. No puede llegar al sarcasmo de proponer para escarmiento el que es ejemplo de abnegación y sacrificio voluntario y gozosa entrega y holocausto.

—Y sin embargo, después de haber rodado por valles y praderas, resuena ahora como carcajada extrañamente fría el estruendo de nuestra fe. Hemos creído y querido con desenfreno; pero después de tanto fuego, todo ha quedado en ceniza, blanda ceniza.

—Y los fantasmas de nuestra muerte, de la de cada uno ¡qué pesados ahora! La alegría desenfrenada del hombre que lanza su juventud al combate y que, en lo más vivo, se dobla como una caña y cae tronchado, roto. El coraje glacial del mártir que dispara su desprecio como dardo tembloroso de acero fino a los ojos de sus verdugos, — ojos turbios, purulentos, que sólo cuando ya está en el suelo, ausente, se atreven a mirarlo. El estoicismo del que ha sabido guardar su dignidad frente al horror desmelenado de los aires, y ha vivido cien muertes antes de que, por fin, sus miembros quedaran desparramados entre escombros y ahogada en polvo su garganta. La resignación sin queja del que ha sentido las agujas del hambre comerle la carne, hasta entregarse, por último, sin una palabra, en silencio siempre. La desesperada angustia del que ha buscado la muerte, y ha tenido que forzar a esa esquiva que pretendía olvidarle a él, y sólo a él... De todo esto ¿no había de que-

dar sino la pesadumbre de un mal sueño oprimiendo el corazón con su mentira? ¿Es mentira? ¿Son figuraciones vacías? ¿Es pura vaciedad?

—Terminado el acoso, ultimada la lidia, roja de sangre la arena, quedará, al menos, vibrando, prendida a los clarines lúgubres, la adusta emoción de la bravura, del arrojo sin malicia en lucha inútil contra la confabulación.

—Queda el inocente valor de los soldados.

—El odio conmovedor de los niños.

—El dolor orgulloso de las mujeres.

—La callada paciencia de los viejos.

—La fe sin esperanza.

—La obstinación sin salida.

—La virtud sin loa.

—El deber sin reconocimiento y el sacrificio sin premio.

—Todo eso queda, sí. Y está ahí, hecho símbolo, con la fecundidad prometida a las tragedias simbólicas. Por inútil, más alta, esencial. Más grande y sagrada, porque ese espíritu de tan bella violencia sucumbió —estrangulado por poderes arteros, alevosos— bajo tropeles de fuerzas ciegas.

—Pero todo eso no es ni mausoleos, ni arcos, ni laurel, ni columnas, ni lápidas, ni himnos; no es mármol ni bronce; no es panteón. Es, acaso, algo leve, sin forma, como un brillo de lágrimas insinuado en una pupila, o una pinza de orgullo y desprecio en el silencio de unos labios. Algo como una rosa dejada en un vaso de agua, en el ángulo de una mesa de pino o allá, al fondo, puesta sobre el simple vasar.

En la oscurecida tierra sólo se oía un rumor de oculta acequia.

FRANCISCO AYALA

SAN JUAN DE LA CRUZ

(De la "noche obscura" a la más clara mística)

Hay una tierra amarilla abrasada por un fuego que no es el del sol, que parece nacer de ella misma, y sobre ella una ciudad pequeña que también tiembla. Por una ladera, desde la más alta roca, baja un camino zigzagueante bordeando la antigua muralla intacta; la atraviesa por una puerta que llaman de Sanchidrian, romántica como todo lo que allí se ve. Desciende el camino luego entre altos olmos y pasa sobre el río —un río verde y sosegado hecho a espejar tiempos memorables— hasta parar en una alameda apacible coronada por rocas que se alzan repentinamente; entre ellas mana, gota a gota, una agua clara que forma el manto de una virgen renegrida del tiempo de la Reconquista: Fuencisla. Allá en la roca más alta, más pelada, más difícil, cuatro paredes y un tejadillo, con un ciprés, plantado sin duda con posterioridad, en los dos metros de tierra que lo defienden de no despeñarse: es la casa de San Juan de la Cruz, nos dicen, le dicen a una niña de cinco años, ahí vivía el "Santo" mientras edificaban el Convento de Padres Carmelitas descalzos que está en la ladera y él mismo trabajó como albañil, juntando las piedras y mezclando la cal; luego fué prior. Y en esta Iglesia conventual, está ahora su cuerpo en una capilla pequeña, encerrado en un sarcófago marrón nada imponente. Dos cuadros inmensos le dan compañía; en uno vemos al profeta Elías arrebatado hacia el cielo en un carro de fuego, en el otro Nuestra Señora, muy morena,

desciende sobre el Monte Carmelo que está allá en Asia Menor, donde nació esta antigua religión. Las glorias del Carmen llenan aquel rincón de la ciudad castellana, desde la más alta roca hasta la orilla misma del río, hasta el mismo camino donde hay una peña cercada, porque es tradición que en ella se sentaba a descansar el "Santo" en sus caminatas a la ciudad, donde Santa Teresa fundaba, mientras tanto, el convento de monjas.

¡Las glorias del Carmelo! Todos los sábados bajaban los frailes al centro mismo de la Iglesia; el manto de blanca lana, las cabezas de pálido marfil y un círculo de amarillenta cera en la mano, a cantar la Salve a Nuestra Señora que, envuelta en su manto blanco también, escuchaba desde lo alto tendiendo el escapulario, prenda de salvación, de aquella religión antigua que viene desde el profeta Elías, llevado entre las nubes en un carro de fuego. Y después de la salve a Nuestra Señora, la visita a la capilla encalada donde habita misteriosamente vivo el "Santo". Porque San Juan de la Cruz era el Santo en todo aquel lugar, y el santo, más tarde lo supo la niña, era poeta.

El Santo de una ciudad castellana, temblorosa y ardiente, el Santo de una antiquísima religión cuyo nombre es ya la poesía, el Santo que es poeta. Santa Teresa también de la religión del Carmen fué igualmente poeta, aunque ¡cómo igualarla a San Juan! Entonces ¿qué religión, qué rara religión es ésta que produce a sus santos poetas? Si San Juan ha escrito en prosa no ha sido sino para comentar la poesía, dependiendo de ella, determinado y como compelido por la poesía en su cruce con la religión. Él es poeta, absoluta y fundamentalmente poeta, y ¿no será tal vez el único caso de un santo poeta en tan alto grado? Hay santos escritores sermoneadores, meditadores y hasta filósofos, pero poeta, así poeta como lo es San Juan, ¿no será tal vez un caso sin par? ¿Qué religión es esta del Carmen que permite la poesía, que la engendra?

Pero el poeta es el "Santo" que da vida a esta dorada ciudad castellana; salió de esta tierra, un poco más allá, donde es todavía más deso-

lada, y vino a posarse en esta roca alta sobre el rumor del río, bajo este cielo límpido, en este aire delgado; vino aquí a posarse como un pájaro para cantar libremente, desasidamente. Como un pájaro que hace su morada en el aire pero que ha salido de la tierra parda y es pardo como ella, como hecho al fin de su substancia y así cuando canta por muy libremente que lo haga, es como si la tierra misma cantara; como si la tierra misma hubiera logrado desasirse de su peso, de la gravedad que la amarra. Pájaro de esta tierra, ¿qué canta? ¿qué nos dice en su canto?

Difícil sería transcribirlo, porque en esta tierra ha pasado ya hace siglos el tiempo de cantar y nos suena a extraño que alguien cante, y casi no nos paramos a escuchar lo que dice, ¡tan lejano nos cae...! Como no estamos, tampoco, habituados a que alguien vuele sobre su aire transparente. Hace tiempo, muchas decenas de años monótonos, que nada vuela, que la tierra se ha vuelto definitivamente sólida y ha embebido en sí misma todos los sucesos que la poblaron. Hace tiempo, sí, que las gentes se han vuelto opacas y mudas, como residuo solidificado de un fuego que las forjara y que fué su entraña. Castilla es todo surco, arruga en la tierra y en la frente de sus pobladores; surcos, huellas, rastros resecos, de un fuego que la envolvió y que se ha ido escondiendo. La tierra amarilla es costra endurecida que cubre unas entrañas que se presienten de fuego, morada de ese fuego que ha ido a esconderse. Y sobre ella caminan mudas, con caras de leño requemado, sus gentes, sin palabras ni canciones, como si algo tremendo les hubiera puesto sello en los labios y en el corazón. Por eso llevan consigo una soledad transparente como el aire, pero impenetrable; una soledad que nos gana en cuanto pretendemos atravesarla. La ley de Castilla es la soledad, la soledad desnuda sin música ni palabras, muda soledad por la que no canta ningún pájaro como en aquella "sonora"... ¿Cómo eras Castilla cuando de ti salían pájaros que cantaban, que oían y transmitían "la música callada", "la soledad sonora"? ¿Cómo eras cuando un

Santo poeta —el mayor tal vez del universo— era tu poeta y tu Santo?

San Juan de la Cruz sale de la vida de España, de la de Castilla, y casi cuesta trabajo reconocerlo por su transparente universalidad. Hay que atravesar la transparencia de esa universalidad para llegar a la raíz misma de donde saliera; hay que recorrer el mismo camino que en su trascender de todo ("toda ciencia trascendiendo") recorriera, para tocar la necesidad que queda bajo su alto vuelo, la necesidad de su libertad, la substancia donde prendiera esta llama que después parece haberla consumido enteramente.

Y así estamos ante dos cosas: el vuelo, el trascender de una criatura mediante la mística y la poesía y el que esta misma criatura, esta misma mística y esta misma poesía nos sirvan de clave, de señal inequívoca de la substancia que lo engendrara, de la vida que lo forzó a tan alto vuelo.

Es difícil dirigir esta mirada desde la cultura española, porque en ella casi todo es raíz y el hecho mismo de algo que ha alcanzado plenitud y florecimiento es extraño y no tiene apenas con qué enfrentarse. Es mucho lo que se agosta o hiela y también lo que, a la manera del tomillo pardo, trasciende por su fragancia más que por su figura, permaneciendo arraigado en el suelo, tan apegado a él, que apenas se le diferencia. Pero San Juan aparece libre, desasido, es un trascender plenamente realizado, es una universalidad lograda y transparente y cuesta trabajo percibir su raíz aunque la analogía de su canto con la parda tierra sea tan evidente.

Analogía, porque su poesía no parece venirnos de nadie, de nadie visible; parece ser algo producido por sí mismo. Y la voz humana se ha quedado atrás y atrás la persona misma. ¿Qué ha pasado en todo ello? La existencia de San Juan es un no existir; su ser es al fin haber logrado no ser.

Y resalta así más, porque él jamás cantara la muerte, ni le llamara ni la mentara siquiera como tanto hacía su mística colega Santa Teresa,

a la que a pesar de eso seguimos viendo tan en la vida, tan presente siempre, y aun corpórea. En San Juan ocurrió algo mucho más grave y es que no pareció necesitar a la muerte para traspasar ciertos linderos, para "marcharse". Y esto lo ha conseguido por dos vías; la primera: la mística ascética, la religión antigua, asiática del Carmelo; la segunda: la poesía.

Lo que ha conseguido en toda su pureza la mística de San Juan es algo negativo: eliminar, dejar, separar. Ascetismo es renuncia. Pero bien pronto sentimos que algo cruel sucede bajo la transparencia de su prosa purísima, algo que denota mayor actividad y que está más emparentado con lo biológico y aún con lo cósmico, que no es con su apariencia espiritual, nada espiritual ni intelectual, aunque se valga de medios intelectuales: el alma se ha devorado a sí misma; se ha tragado a sí misma transformándose en alguna otra cosa. Lo que en San Juan encontramos no es ya humano propiamente y, sin embargo, en hombres sucede; pero en eso consiste el fenómeno de la mística que en San Juan vemos en su mayor pureza, pues la poesía ya veremos cómo enlaza con ella sin destruirla. Y es que la mística es algo que sucede *dentro del alma,* dentro de lo natural que hay en un hombre en virtud de algo natural; en virtud de otra cosa que está fuera de ella, al menos en el estricto sentido de que no forma parte de ella.

En realidad, lo que sucede en la mística no es en manera ajeno a lo humano, ni es cosa de impostores ni dementes como el positivismo creyera. Y por extraños que se suponga a los místicos dentro del género humano, su gran corriente tan fecunda e inextinguible es como para hacer meditar. Para hacer meditar y pensar que lo que sucede en la mística está al menos fundado en la naturaleza humana, en una posibilidad esencial a ella, tal vez en una condición que se revela en la mística más que en cosa alguna.

Lo primero que esta autofagia nos sugiere es una imagen del mundo biológico: la crisálida que deshace el capullo donde yace amor-

tajada, para salir volando; que devoró su propio cuerpo para transformarlo en alas, que cambió lo que pesa, lo macizo, por algo que funciona para librarnos de esa misma gravedad esclavizante. La mariposilla tan leve, nacida de un crimen, escapada a fuerza de horadar el muro de su cárcel.

La imagen primera es ésta, pero claro es que no basta o que pone por delante un problema pavoroso. La transformación de la crisálida en mariposa ha sido natural y ha acaecido dentro del alma humana en virtud del proceso místico, ¿está dentro de lo natural?, es decir, ¿a qué línea de forzosidad no eludible análoga a la del instinto corresponde? ¿En qué casos, en qué situaciones el proceso místico es la única salida, el trascender de San Juan ("toda ciencia trascendiendo") es lo único?

Y lo que sucede en el alma del místico es sencillamente un abandono de la vida; el místico no puede seguir viviendo; su única salida al parecer consiste en atravesar los umbrales de la vida. ¿Cómo puede suceder así? ¿Qué genero de suicidio es ése y de dónde dimana?

Porque si el místico no puede seguir en la vida no es por *algo* que le ocurra especialmente, sino por algo embebido en la vida misma; por una situación existencial, en definitiva. Por *nada* que le advenga de fuera, sino por un acontecer de su vida misma; no por *algo*, sino por *nada* y por *todo*.

Y resulta más fácil decir: el místico lo es en virtud de una creencia: hay que ganar la vida eterna consumiendo la terrena. Pero el que esta creencia llegue a tener fuerza para producir la autofagia, el devorarse cruelísimo del alma a sí misma parece indicarnos, con su cumplimiento, que se trata de algo más. Tal vez de que el alma no está cómoda en el mundo; que existe un desequilibrio nacido por la vía del amor. El místico no quiere conocer sino que quiere ser. Al místico, el cristianismo le ha caído encima, le ha sobrevenido, y su amor entonces se dirige, se encamina a Cristo, pero sin Cristo hay también

místicos. El místico no es problema netamente cristiano y tal vez lo que sea problema es cómo existe una mística cristiana. La mística es ella de por sí una religión que luego vino a entrar en el cristianismo, inclusive en el catolicismo, pero la cuestión de la mística no coincide con la cuestión cristiana.

El alma de quien se hace místico no puede proseguir en la naturaleza, ni tampoco en el conocimiento; ni tampoco en la poesía. ¿Cómo es que no le bastan ninguna de estas tres actividades fundamentales de la vida humana que son conocer, sentir y poder? Ni puede con el poder, ni le vale el conocer, ni se sostiene en el sentir. No parece estar enteramente conformado; es como si le faltase una parte de sí mismo, algo que no le permite asentarse en ninguna cosa. La atención va dirigida hacia algo no coincidente jamás con lo que ante sí tiene, y su amor está prendido de eso que le alumbra. Pero ¿por qué el amor?

Apetece que algo de su misma naturaleza se le una; es como si no hubiese nacido entero y buscase lo que le falta y, al no hallarlo, al no hallar tampoco su pareja, se siente sin analogía en el mundo donde busca. Lo primero que se echa de ver en el místico es una soledad sin compañía posible, una soledad sin poros, una soledad incomunicable que hace le sepa la vida a ceniza. Lo que el místico busca es salir de esa soledad atravesando como la crisálida su cárcel; "mónada" sin ventanas el alma humana del místico sólo ha de hallar remedio en devorar su propia cárcel, su propia alma. Su desaforado amor por el "todo" proviene de que en nada puede fijarse, de que ninguna cosa le trae mensaje alguno, de que la comunicación normal con los seres y las cosas que pueblan el mundo se ha hecho imposible y el alma ha quedado sola, recluída. Del pozo de su soledad ha de salir aunque le cueste el no ser ya, cuando haya salido.

Y así vemos que el místico ha realizado toda una revolución, la única lograda. Porque el místico se hace otro, se ha enajenado por entero; ha realizado la más fecunda destrucción que es la destrucción

de sí mismo, para que en este desierto, en este vacío venga a habitar por entero otro; ha puesto en suspenso su propia existencia para que otro se resuelva a existir en él. Y hay por fuerza un espacio en esta trasmutación en que nada hay, en que es la nada absoluta. Y así San Juan previene y aconseja: "No pierda cuidado de orar, y espere en desnudez y vacío que no tardará su bien"... "Por lo cual mejor es aprender a poner las potencias en silencio y callando, para que hable Dios" (Subida al Monte Carmelo). Y este momento de la nada ha engañado a otros místicos que han creído era ella lo último, el fin deseado: es la mística nadista o nihilista que no había de tardar mucho desde San Juan, en resurgir en España con Miguel de Molinos; es la mística de los que sólo buscan quietud, aplacamiento. La destrucción en ella tiene un sentido distinto, en realidad contrario.

Lo que late en el fondo de la mística de la creación de San Juan es una voracidad que nos ha hecho recordar a la crisálida que devora su capullo, que se come su envoltura; hambre de existir, sed de vida. Voracidad que traspuesta a lo humano es amor, hambre irresistible de existir, de tener "presencia y figura". Este afán inextinguible de presencia y figura falta en el nadismo de Miguel de Molinos y la voracidad en él es solamente amor de muerte, tendencia a la aniquilación final, mortal desgano de la existencia. La destrucción es realmente destrucción; la crisálida se come a su capullo porque el capullo, el alma humana, no se está quieto, porque es de por sí transformación; si así no fuera, si la vida humana pudiera detenerse en sí misma, el místico nadista no la devoraría; permanecería en ella como en su mortaja.

La destrucción que vemos en San Juan de la Cruz está de lleno en la esencia de la creación. Creación que va más allá de la moral inclusive. La mística nadista no llega a la moral; la de San Juan la atraviesa, la consume, pues como toda verdadera creación no puede usar de una medida ya forjada, de un canon que le señala su alcance, que la limita. La moral viene a ser la segunda envoltura después de la

psíquica, que la mística de San Juan, que la voracidad de su amor consume, pues que "todo lo que se hace por amor se hace más allá del bien y del mal", que dijo Nietzsche, otro gran enamorado.

Como toda verdadera creación, toma como mecánico aquello que la rodea. El alma no es sino el conjunto de resortes que pueden usarse en otro sentido de como nos han sido dados, que pueden convertirse en instrumentos para una finalidad. Tal y como encontramos nuestra alma no corre hacia nada; sin el fuego del amor su movimiento sería circular, no tendría camino. Para que encuentre camino es preciso *suspenderla,* arrebatarla por el fuego, como sucedió en el Padre Elías.

Y este fuego comienza con una acción disociadora, que es la raíz misma de todo acto creador. Disociación que no destruye, que se limita a producir una indeterminación parecida al caos. Es una llama pequeña, lengua de fuego que funde las soldaduras anímicas y va dejando sueltas a las "potencias". Después las potencias mismas serán consumidas "con llama que consume y no da pena". La aniquilación anímica se cumple, mas no para quedarse en la moral que, al fin, no es sino una norma externa, una forma envolvente, limitadora, armonizadora de las pasiones. La moral queda atrás cuando la aniquilación del alma se ha realizado, pues la moral es para el alma tal y como la encontramos, para regular sus acciones, su funcionamiento. Pero el amor, la voracidad del místico no lo necesita para lo que anda buscando.

Consumido lo psíquico, consumido también lo moral, el alma del místico queda vacía, en obscuridad y en silencio. Sólo vive la voracidad amorosa que puede ya salir "sin ser notada". ¿A dónde sale? Parece que sólo la muerte sería el término de esta salida; pero no es así. Aunque parezca imposible, existe un medio entre la vida y la muerte; San Juan nos muestra que se puede haber dejado de vivir sin haber caído en la muerte, que hay un reino más allá de esta vida inmediata, otra vida en este mundo en que se gusta la realidad más recóndita de las cosas. No ha sido un abandono de la realidad, sino un internarse

en ella, un adentrarse en ella, "entremos más adentro en la espesura". Por eso no es la *nada,* el vacío lo que aguarda a la mariposilla a su salida; ni tampoco la muerte, sino la poesía en donde se encuentran en entera presencia todas las cosas: "las montañas, los valles solitarios nemorosos, las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos, el silbo de los aires amorosos. La noche sosegada, en par de los levantes de la aurora, la música callada, la soledad sonora"... Todo, todo está presente con una fragancia como recién salido de manos del creador.

No ha sido el azar, aunque este azar fuese tan feliz como el de ser San Juan un poeta, el motivo de esta maravillosa unidad de poesía, pensamiento y religión que encontramos, unidad que afecta, más que a nadie, a la poesía que es la que en mayor soledad camina desde siempre. Y aún nos atrevemos a afirmar que tiene mayor alcance la figura de San Juan para la poesía que para la mística.

Porque si la mística aparece en nuestro Santo poeta con un rostro perfecto, no cabe decir que sea un especial caso de ella. Su originalidad estriba en cumplir con transparente perfección el camino de la mística que llamaríamos de la creación, distinguiéndola de la nadista o nihilista. En ser ejemplo de clara mística. Y una tan clara mística forzosamente tenía que venir a dar en una unidad perfecta de amor y conocimiento. Unidad que no lleva otro nombre tradicionalmente que el de objetividad.

La destrucción ascética dejó convertida al alma en un desierto. Quien lo realizó no fué sino la terrible voracidad del amor. El amor fué el agente de la destrucción; devoró literalmente a todo lo que le rodeaba porque no era lo apetecido, consumió todo lo que le separaba de su pasto, para encontrarlo.

Pero este pasto no consiste en algo que pueda ser devorado, consumido; por eso justamente es *objeto* del amor, porque jamás podrá agotarse, porque siendo devorado sigue existiendo íntegramente; porque entregándose se nos resiste; porque es inagotable; por que *es.* El objeto

del amor difiere del objeto del deseo en ser algo que la posesión no destruye. Por eso el amor es capaz de destruirlo todo hasta llegar a él, hasta llegar a lo que jamás podrá ser destruído [1]. El deseo se dirige, en cambio, a lo que propiamente no puede llamarse objeto, porque no subsiste después de haber sido alcanzado. Es consumido totalmente; no trasciende.

Y esta perfecta objetividad del amor está clarísimamente expresada en San Juan y no por azar: "¡Oh cristalina fuente —si en esos tus semblantes plateados— formases de repente —los ojos deseados— que tengo en mis entrañas dibujados!"... Perfecta objetividad del amor, que lo es también de la poesía, pues el nexo de la mística con la poesía radica aquí precisamente; en que al ser una mística clara lleva aparejada la presencia de su objeto, que se muestra poéticamente. La definición de la poesía podría ser ésta, pues no hay poesía mientras algo no queda en las entrañas dibujado.

También la idea, el concepto, el conocimiento, cuando logra objetividad, es un dibujarse la cosa, el ser; mas no en las entrañas sino en la mente. La poesía, en cambio, ha sido siempre cosa de la carne, de la inferioridad de la carne: de las entrañas; mas en una relación, en un comercio con algo que está fuera de ellas, como fuera de la mente está lo que se conoce. La aberración, la caricatura de la poesía que como todas las cosas nobles también tiene, ha creído que las entrañas tenían que expresarse a sí mismas; tenían que gritar, que manifestarse en su paroxismo, y la poesía llegó a ser esa cosa cruda, esa cruda manifestación de lo que no puede llegar a la palabra y se queda en grito o en gemido, de lo inconfesable, en suma. Y quienes hacen esto (penoso no es confesar que en gran parte "poetisas") no tenían en cuenta que

1 En el amor profano no otra cosa viene a ser la "idealidad" de la mujer significada en la *pureza*. Pureza ideal que el hombre pone y cuyo fundamento moral en la mujer es la honestidad, menos importante sin embargo que el fundamento estético que es la quietud. Beatriz, Dulcinea y aun la novia española, no hacen sino estar quietas.

no se degradaban a sí mismos, sino a la palabra, al "logos", que se nos ha dado para más nobles fines, pues hay cosas que no pueden *decirse.*

Y San Juan nos dice: "que tengo en mis entrañas dibujados"... los ojos, que son lo más espiritual y lo más personal a la vez, miran, cuando son los deseados, hasta las entrañas mismas, donde quedan impresos. Es el cumplimiento de la objetividad. La interioridad más obscura y profunda ya no existe sino como el lugar donde queda dibujado por su mirada —por su luz— el objeto... La voracidad del amor ha quedado calmada de momento, en una primera estación, porque se tiene a la copia, mas no al objeto mismo: "Descubre tu presencia —y máteme tu vista y hermosura:— mira que la dolencia de amor, que no se cura — sino con la presencia y la figura...". La voracidad amorosa, el hambre de presencia y figura real, "material", valga la palabra, caracteriza al amor, le distingue de la simple hambre de saber científico. El amor sólo reposa en la realidad, pero en la realidad que tiene una figura. Y en esto de aplicarse únicamente con la figura es en lo que el amor ayuda al conocimiento, por lo que es capaz de forjar la idea.

Largamente se ha hablado de la relación entre amor y conocimiento. Platón y Aristóteles dejaron el tema y sobre él se ha resbalado. Y el amor platónico tan mal entendido, tan envuelto en barnices pseudo-románticos, aparece en San Juan de la Cruz con toda plenitud. El amor que no descansa, que acucia al entendimiento para que se le entregue la presencia y la figura, y así, el entendimiento la alcanza como únicamente puede: idealmente. Y el amor no puede darse por satisfecho con ello: "Acaba de entregarte ya de vero —no quieras enviarme— de hoy ya más mensajero — que no saben decirme lo que quiero". Sin la exigencia del amor, la mente no habría llegado a forjar la idea, la posesión de la presencia y la figura tal como ella puede únicamente alcanzarla. La objetividad no es posible sin el amor y, por parte del hombre, quizá no sea otra cosa.

De ahí que la destrucción que la idea necesita para nacer, no sea

tan dolorosa como ésta que ha verificado el místico, porque no es tan profunda. Y por otra razón: porque aprovecha la destrucción ascética que ha realizado el amor. Viene a coronarla. Y aquello que se conoce como proceso mental no es sino la superficie de un proceso mucho más hondo, en que el amor ha tenido su parte suspendiendo el instinto a la pasión. Y así, en almas como la de San Juan, el conocimiento es cosa bien fácil y que viene sin casi ser buscado; poco tendría que quemar sus ojos en repasar libros, poco que batallar para que el entendimiento adquiriese las nociones que, con sutileza tanta, maneja. El proceso previo al conocimiento había sido tan completo que ya el conocimiento se daba por añadidura, de regalo. Lo que tiene su entronque con la manera de saber que tiene cierto tipo bastante frecuente de español contemplativo, asceta a su manera y que, según confiesa, "todo lo sabe de gorra".

El camino del filósofo es el inverso, casi; su esfuerzo diferente. No realiza ninguna reducción previa. No parte "estando ya su casa sosegada", sino que sale con todo lo que tiene despierto: pasiones, afanes, instintos... Y aunque la sed de saber lo va atravesando todo, es al mismo tiempo, en el mismo proceso de su filosofar, cuando esto se realiza. De ahí, la dificultad de la filosofía que no radica propiamente en lo teórico, sino en lo que de ello nos separa; en lo que tiene que ocurrir en nuestra interioridad para que el conocimiento objetivo se realice.

Y si tan fácil le fué a San Juan el conocimiento, la poesía parece nacer en él con la naturalidad del agua en el deshielo. Es el resultado simplemente de su ascética. ¿Y no será que la poesía anda siempre aparejada con una mística, que sea ella misma en cierta manera una mística?

La poesía nace, como el conocimiento, de la *admiración*, mas no de la violencia. Aquellos que se admiraron de las cosas —de las "apariencias"— y no quisieron desprenderse de ellas para ir a caza del ser

oculto, fueron poetas. Pero es preciso decir que no se conformaron tampoco con las apariencias, porque propiamente eso que la Filosofía nombra desdeñosamente, "apariencias", no existe. Nadie ve ni ama apariencias y si a veces es necesario decirlo frente a los que las desdeñan, es por eso no más: porque las desdeñan; pero, en rigor, lo que habría que decir es que no las hay. Como tampoco existe la "pura" materia, ni la "carne"; todo el que vive prendido de ellas, lo está de algo más que de lo que quieren señalar los que las abandonaron. Se trata únicamente de ahondar por diferente camino o, si se quiere, de ahondar sin renunciar a nada.

San Juan sí que renunció, mas no por el camino de la filosofía. Fué el amor el que le apuró para que renunciara. La violencia aquí no se originó del poder, de la voluntad ansiosa de poderío, como sospechamos ocurrió en el conocimiento filosófico, en virtud de algunos fuertes indicios. Y ésa tal vez sea la diferencia. Siempre que de la admiración primera se es arrancado por una violencia que no persigue el poder, el afán de dominación, se va a parar a la poesía y no al conocimiento racional. Y así, la unidad con que sueña el filósofo solamente se da en la poesía. La poesía es *todo;* el pensar escinde a la persona, mientras el poeta es siempre *uno*. De ahí la angustia indecible y de ahí también la fuerza, la *legitimidad* de la poesía.

¿Es de extrañar que el amor haya preferido casi siempre el derrotero poético al filosófico? Con raras y maravillosas excepciones, así ha sucedido. Seguir por el escueto, escarpado camino de la filosofía, llevado sólo por el amor, lo han podido realizar únicamente los místicos de la razón, los que *creyeron* que la razón era el fondo último de todo; los que encubrieron su remota creencia en la divinidad bajo la forma racional. Así, Espinosa, el filósofo judeo-español.

La diferencia entre San Juan y Espinosa estriba únicamente en que San Juan, más cerca de la vida, la encontró luego transformada en poesía. Espinosa transformó la vida primeramente en razón, la redujo

a razón y la poesía está en la transformación que con tanta transparencia, con tan escondido fuego, lograra. Si comparamos la técnica de anulación de las potencias anímicas que expone San Juan en la "Subida al Monte Carmelo" con la reducción de las pasiones que Espinosa declara en el libro IV de su *Ética,* veremos el mismo proceso. Y la misma finalidad: convertir el alma en cristal de roca; como él invulnerable, como él transparente.

San Juan establece la reducción de todos los afectos, memoria y entendimiento, al solo amor de Dios y, una vez lograda la "unión", Él obra dentro del alma, de tal manera que ya se hará innecesario el menor cuidado: "Y así de ordinario los primeros movimientos de las potencias de estas almas son como divinas y no hay que maravillarse de que lo sean, pues están transformadas en ser divino". Ya es Dios el que obra y es perfecto todo lo que el alma hace. Insiste en el olvido, en el olvido de todo, pues Dios obrará en lo que sea preciso que se recuerde. Y es conmovedora esta insistencia en el olvido que tiene de común con todos los enamorados; esta incapacidad para seguir cuidando de lo que cae fuera del amor, esta desgana que linda con la falta de caridad. Y es que "nadie desea conservar su ser a causa de otra cosa", porque "el esfuerzo por el cual cada cosa se esfuerza en perseverar en su ser está definido por la sola esencia de la cosa misma" y la "esencia del alma consiste en un conocimiento que envuelve el de Dios". Así dice Espinosa expresando el mismo absolutismo del amor, de un amor a algo en que nos hemos convertido, que es nuestra propia esencia.

Y de ahí que San Juan no llame a la muerte que apenas la nombre ni la sienta barrera de su amor. La vida, al ser reducida, apenas le es obstáculo. Espinosa dice: "Un hombre libre no piensa en ninguna cosa menos que en la muerte; y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida". Preciso es confesar que si no necesitan acudir a la muerte como término del cumplimiento de su amor, el pensamiento, la razón tiene que ver algo en ello, pues la verdad es que

el pensamiento racional es algo así como anticipar la muerte para realizarla en vida.

Porque los dos llegaron a no desear, a poseer enteramente, a reposar. Lograron la unidad de la vida y el conocimiento. "Los ojos de mi amado que llevo en mis entrañas dibujados". Cuando eso sucede ha sido menester haber sufrido una transformación cruel y aún cruenta, haber padecido la sed tremenda que no se cura sino con la presencia y la figura. Pero más afortunados con la unidad que los simples filósofos, lograron transformarse en la figura que adoraban; lograron encarnar, en suma, a la objetividad.

Mas, ¿es cristiano este amor, esta mística, esta religión de la poesía? En lo que hace a Espinosa claro es que no existe ni motivo para formular tal pregunta, pero en cuanto a nuestro San Juan, santo de la Iglesia Católica, místico de su ortodoxia más pura, ha de surgir por fuerza la pregunta. Y surge cargada de una grave sospecha: la falta de caridad, si por caridad entendemos el amor que nos une al prójimo, al semejante. En San Juan sólo existe el alma y su esposo; el prójimo parece no existir, parece haberse quedado en "el mundo"; no parece haber hermano. Es un amor el de Dios absorbente, que para nada ni para nadie deja lugar, ni para la moral siquiera y éste es su mayor cristianismo: el haber atravesado, consumido la moral, el no ser en el más pequeño átomo moralista.

Pero ¿dónde está tu hermano? podríamos decirle a San Juan y claro es que respondería, que ya responde: "Cesó todo y dejéme — dejando mi cuidado — entre las azucenas olvidado". Dejando mi cuidado, mi hermano, mi prójimo olvidado ¿y quién podría reprochárselo?

Espinosa también nos enseña que los hombres no concuerdan mientras están sometidos a las fuerzas de las pasiones, y sólo llegan a comunidad cuando entran en la razón. Es decir, que no hay comunicación directa de hombre a hombre mientras son individuos, sino solamente comunidad, comunicación por la analogía de la razón que puede envol-

verlos a todos. Hay *todos*, hay unidad mas no interindividualidad. Mientras estamos en la vida inmediata de las pasiones, ellas nos separan y cuando las hemos reducido, ya propiamente no somos sino la esencia que envuelve la esencia de Dios... nos hemos transformado en ser divino, y allí ya no hay ni *yo* ni *tú*. Tampoco en Dios hay hermano.

La caridad, la hermandad es a esta luz, es algo que sólo podría existir como hermandad entre militantes, entre peregrinos, entre quienes comenzaron a salir de la cárcel de las pasiones y no llegaron a la ansiada transformación. Pero nada de esto se detiene en decirnos, si bien San Juan, miembro de la Iglesia, restaurador de la perfección de una religión antigua, tuvo que hacerse cuestión del prójimo y así dedica a sus frailes descalzos la "subida al Monte Carmelo", la peregrinación, porque sólo en ella puede estar con ellos. Al llegar a la cumbre "dejará su cuidado".

Pero, forzoso es decirlo, con estas consideraciones tan claras, por lo demás, no se afirma la convicción de su cristianismo. El carro de fuego en que es arrebatado a los cielos el Profeta Elías parece estar aquí más en primer lugar que la misma cruz. El carro de fuego del amor que arrebata hacia la altura... La religión del Carmen, de la poesía.

La religión de la poesía, que es también religión del verbo encarnado, de un logos que ha logrado realizarse, de una idea o mirada que ha hallado entrañas donde dibujarse.

Y fué en Castilla donde tal religión alcanzó su perfección más alta; fueron dos de sus más preclaros hijos quienes restauraron, en tiempo de reformas, su primitiva perfección. Fué en su aire claro donde criaturas tales hallaron su luz y su clima; fué en su soledad donde encontraron habitación.

¿Qué relación puede haber entre la delgadez del aire castellano que deja dibujarse tan limpia y fielmente los perfiles de cada cosa, y esta transparencia del alma que permite una tan clara mística? ¿Cuál,

entre la manera resuelta, objetiva de entregarse al poder humano que tuvo el alma castellana cuando fué la hora, y este amor tan sin reservas, este fuego del que trasciende tanta luz? No sabemos, pero es lo cierto que si se examinan, uno a uno, todos los frutos del suelo castellano, se va encontrando siempre la misma condición: una transparencia humana que permite la objetividad y un fuego, una voracidad amorosa que la fuerza a entregarse. Violencia empleada en perseguir "la presencia y la figura", entrañas que se han prestado para que se dibuje... Fué en su hora histórica, en su hora de gracia...

Hoy el paisaje será el mismo: la ciudad pequeña temblará, encendida de torres doradas y altísimos chopos, el río seguirá cruzando serenamente la alameda, serenamente, apaciblemente. El agua purísima seguirá formando el manto de la virgencilla morena y, entre las rocas más peladas, más altas, más desoladas, estará aquella cueva de la "noche obscura". Y en la noche se seguirá escuchando, por virtud de los altos luceros y de la quietud de la tierra, "la música callada" y la "soledad sonora". ¿Qué falta, por qué de nuevo alguien no las recoge? ¿Por qué, Señor San Juan, no recobra Castilla su objetividad?

Barcelona, 17 *de enero.*

Morelia (*México*), 16 *de junio de* 1939.

MARÍA ZAMBRANO

NOTAS

Los Libros

José Ortega y Gasset: *Ensimismamiento y alteración* (Espasa-Calpe Argentina, S. A.). — La presente obra está compuesta por dos ensayos concurrentes. El primero, "Ensimismamiento y alteración", constituye la conferencia inaugural de los cursos dictados por el autor durante el mes de octubre en los Amigos del Arte.

Ensimismamiento y alteración no son categorías del pensamiento ni de los objetos, sino modos del existir, categorías de la existencia, y representan, aunque en un plano más objetivo, posiciones equivalentes a las descriptas por Heidegger como modos de la "existencia banal" y de la "existencia reintegrada en sí misma".

En la alteración el hombre pierde su atributo más esencial: la posibilidad de meditar, de recogerse dentro de sí y tomar posesión de su interioridad. En la alteración se encuentra como absorbido por su contorno, vaciado de su peculiar sustancia, detentando una vida refleja y desarraigada.

El animal es pura alteración, dependencia absoluta con respecto al medio. No puede replegarse sobre sí mismo, substraerse al ámbito que lo acosa y labrarse una zona de interferencia y de aislamiento. Únicamente el hombre tiene la facultad de enajenarse al mundo, recluirse en sí, decir *no* a lo real y conquistar, mediante esta negación y autoenajenación, su más auténtico contenido: su profunda verdad. Sólo el hombre posee el poder de efectuar esta asombrosa rotación del ser sobre sí mismo que es el ensimismarse. En ella se manifiesta un modo nuevo del existir, una estructura inédita, de la cual *alteridad* e *intimidad* son los dos polos dialécticos constitutivos.

He aquí los tres modos en que, según Ortega, el ente humano puede encontrarse correlacionado al mundo:

"1º El hombre se siente perdido, náufrago en las cosas, *es la alteración.*

"2º El hombre, con un enérgico esfuerzo, se retira a su intimidad para formarse ideas sobre las cosas y su posible dominación, es el *ensimismamiento, la vita contemplativa,* que decían los romanos, el *theoretikos bios,* de los griegos, *la teoría.*

"3º El hombre vuelve a sumergirse en el mundo, para actuar en él conforme a un plan preconcebido, es la acción, la *vita activa,* la *praxis*".

A nuestro modo de ver, el autor no ha puesto suficientemente de relieve (al caracterizar el segundo momento, que es consubstancial al mismo) un proceso de liberación del sujeto reflexionante con respecto al ámbito de los objetos.

Todo movimiento de interiorización es simultáneamente un proceso de liberación. De ahí la trascendencia ontológica que debe asignarse a este reflujo del ser hacia su intimidad o substancia. Mediante él se reconoce como libre frente a lo externo y advierte que la libertad constituye su más originaria estructura, su raíz abisal.

El reingreso del yo en sí mismo expresa su potencial ingreso a la conciencia de su irreductible libertad. Fondo abismático y radical del ser. Y sólo desde la conciencia de nuestra esencial libertad podemos sentirnos centro de posibles actividades sobre el universo.

No basta entonces, para posibilitar la acción, que ella esté determinada por una previa contemplación. Sin libertad el ente humano sería capaz de influir sobre los objetos mediante una actividad puramente refleja, como reflexión o reacción, pero nunca como acción verdadera.

En la alteración, el individuo no actúa propiamente sobre su medio. Es el medio quien configura y determina al individuo. En la acción, en cambio, el hombre plasma su mundo y su propia substancia interior según el ideal de autorrealización concebido en la meditación. La meditación, así, no sería el fin de la vida, sinò sólo el medio para la acción. Ortega polemiza con singular perspicacia contra las doctrinas que hacen de la contemplación y del conocimiento desinteresado el valor supremo de la existencia.

El intelectualismo es la teoría que hace de la razón una entidad absolutamente *final* e independiente de la praxis. Urge revisar el supuesto racionalista que considera al pensamiento un fin en sí, y restituirlo a su verdadera función, subordinada a la práctica. Pero esta subordinación del conocimiento a la acción no implica que la verdad deba ser condicionada y determinada por éste, como

ocurre en el pragmatismo. No se trata de erigir la practicidad en criterio de verdad, sino, a la inversa, de erigir la verdad en raíz y fundamento de toda actividad.

Aceptada, en principio, esta inversión en el orden axiológico de las facultades humanas, debemos previamente traer a luz el significado o sentido último de esta acción que se postula como el fin en sí de la existencia.

La acción no es el mero hacer trascendente del individuo sobre su medio, con miras a establecer un dominio o predominio técnico-pragmático sobre la naturaleza; debemos reconocer, también, un hacer inmanente que se desenvuelve en un plano más esencial del ser, en el que la acción tiene como finalidad la realización de un valor inmaterial intrínseco, contenido metafísico subyacente que la impulsa y determina. Este contenido metafísico espiritual, resorte último de la acción y raíz dialéctica y potencial del ser, es la libertad.

La faena inmanente de la acción, su función capital, es realizar la libertad, su interior sustancia. Ella presupone ontológicamente una libertad virtual, imperfecta y finita como causa eficiente, y una libertad absoluta y actual como causa o proyección final. Esta libertad es la sustancia y estructura última del ser. Lo que el ser es en su raíz *abscóndita* y obscura, y la meta o fin infinito de su movimiento de autorrealización.

Con respecto a este proceso de la libertad que busca su plena realidad, la inteligencia (y también el amor) se encuentran en relación de medios necesarios. Toda creación del entendimiento, todo fruto del amor (filosofía, arte, ciencia, religión, derecho, estado, sociedad, etc.), son tan sólo órganos, momentos en los que se encarna la libertad en su proceso de autorrealización absoluta.

La segunda parte del libro de Ortega está compuesta por las lecciones que bajo el título de "Meditación de la técnica" dictara en la Universidad de Santander, en el verano de 1933.

Estas meditaciones son, en cierto modo, complementarias de las anteriores. Frutos de jugosa madurez intelectual y sobreabundantes en intuiciones inéditas. El pensamiento del filósofo rebasa su tema y se profundiza en una concepción de la vida y en una metafísica de la existencia.

Actos técnicos no son aquellos con los cuales el hombre procura satisfacer de modo inmediato sus necesidades vitales, sino los destinados a crear los medios indirectos que hagan posible en cualquier momento su satisfacción. Son, así, esfuerzos que realizamos para ahorrarnos futuros esfuerzos. Esfuerzos ahorrados

que en lo sucesivo se utilizarán en la realización de otros valores no vitales, y particularmente en la realización de nuestro destino personal sobrenatural.

Para ello es preciso que el hombre se labre previamente su propio ideal de ser, se proyecte a sí mismo, lo que sólo consigue mediante el ensimismamiento.

En la Europa actual es difícil que logren concretarse nuevos ideales de vida. No debemos aceptar, entonces, que ella siga proponiéndonos, o imponiéndonos, su propio caos como norma suprema de vida. Preciso es decidirnos a practicar el esfuerzo definitivo que nos permita proyectar nuestros peculiares destinos vitales y espirituales. Realizar nuestra alma o sustancia inmanente, nuestra cultura esencial. Con este pensamiento fundamental se enlaza posiblemente el mensaje que para la Argentina mantiene en reserva el autor y que tendrá, sin duda, inmensurable gravitación en nuestro inmediato futuro espiritual.

Recordemos que la presencia del maestro ha sido siempre de extraordinaria y decisiva resonancia para nuestra conciencia filosófica. Esperamos que su nueva palabra alcance, al menos, una equivalente repercusión. El interés de nuestra cultura así lo exige.

MIGUEL ÁNGEL VIRASORO

ALDOUS HUXLEY: *After many a summer* (Chatto and Windus). — Entre los temas que prefiere la literatura británica, no hay que omitir la longevidad, la inmortalidad. Recuerdo el décimo capítulo del tercer viaje de Gulliver, con su descripción atroz de los *Struldbrugs,* hombres odiosamente capaces de caducidad pero no de muerte, voraces, decrépitos, inmortales. Recuerdo el "Pentateuco metabiológico" de Bernard Shaw, *Vuelta a Matusalén,* con su tesis lamarcko-butleriana de que los hombres (si quieren ser adultos) deben vivir trescientos años y de que para lograr ese fin, basta la voluntad. Recuerdo el incesante Mr. Elvesham de cierto relato de Wells, que una vez averiado un cuerpo humano, saltaba a otro. Recuerdo los capítulos terminales de la novela más famosa de Rider Haggard y la mágica hoguera que bruscamente abruma de siglos a la mujer inmortal que por segunda vez penetra en su fuego. Recordaré, creo, *After many a summer.*

De otros libros de Huxley cabe decir que no son más (ni menos) que la

conversación habitual de un hombre inteligente. Algunos fingen ser ficciones; conozco su renombre, pero son los que menos me han alegrado. *Brave New World*, por ejemplo, quiere ser una prefiguración de tiempos remotos, pero el ruidoso porvenir que prevén sus páginas no es otra cosa que el día de hoy, apenas aumentado y simplificado... *After many a summer*, en cambio, es una excelente novela de fantasía razonada, quizá no inferior a la congénere *Isla del doctor Moreau*. Su lectura me trae otro recuerdo: el de Thomas Henry Huxley, el antepasado.

Éste, hacia 1879, escribió: "Las doctrinas de la predestinación, del pecado original, de la depravación innata del hombre, de la desdicha de los más, del reino de Satán en la tierra, de un demiurgo malévolo, me parecen (por extravagante que sea su forma) mucho más razonables que nuestra ilusión liberal de que todos los niños nacen buenos y de que luego los deteriora el ejemplo de una sociedad corrompida... Tampoco puedo creer que la Providencia sea un oculto filántropo y que todo, a la larga, mejorará". La evolución, para él, no era un proceso necesariamente infinito: creía en una declinación después del ascenso, en la gradual desanimación de este mundo. El hombre vertical (insinuó) recaerá en el oblicuo mono, la articulada voz en el tosco grito, el jardín en la selva o el desierto, el planeta en la estrella, la estrella en la vasta nebulosa, la nebulosa en la improbable divinidad. Esa inversión o regresión del proceso cósmico no abarcará menos centenares de siglos que la etapa creadora. Siglos de siglos tardará en deprimirse una frente, en proyectarse más bestial un perfil. Esa lóbrega hipótesis, abreviada en un individuo y en un razonable plazo de tiempo, compendia el argumento de esta novela, cuya lectura es deleitable.

JOHN MILTON: *Complete poetry and selected prose* (The Nonesuch Library). — Ninguna de las ediciones de Milton es del todo satisfactoria. Las del siglo diecinueve corrigen la puntuación y la ortografía de los textos del diecisiete, las más recientes las conservan; todas (que yo sepa) reducen el aparato crítico a un lacónico censo de latinismos y a un prefacio biográfico-laudatorio. La mejor de cuantas he manejado, la del profesor David Masson, proporciona asimismo varios diagramas circulares de la cosmogonía miltónica, pero vierte ninguna o escasa luz sobre la teología de los poemas. Pese a las advertencias de Macaulay, es habitual asimilar esa teología a la pura ortodoxia (o heterodoxia) calvinista. Esa atribución es errónea. Milton, al morir, dejó un tratado manus-

crito —*Johannes Miltoni Angli de Doctrina Christiana libri duo*— que hasta 1825 no se imprimió. En esos libros póstumos y polémicos, "Milton, inglés" niega en sesenta mil palabras la inmortalidad de las almas, niega la generación eterna del Hijo, niega la Trinidad, niega que Dios haya creado el mundo material y concluye (con argumentos derivados de la Escritura) por vindicar el divorcio y la poligamia. Uno de sus biógrafos, Mark Pattison, considera que ese volumen es el preciso duplicado prosaico de *Paradise Lost*. Ningún editor, sin embargo, ha recurrido a él para ilustrar las muchas oscuridades de la epopeya. Tampoco el editor de este libro, E. H. Visiak.

Milton, contra la opinión general, hace que Adán y Eva consuman su boda paradisíaca *antes* de la comisión del pecado (*P. L.*, IV, 740). Ejecutan con inocencia el acto carnal; después, con malicia:

There they their fill of love and love's disport
Took largely, of their mutual guilt the seal,
The solace of their sin, till dewy sleep
Oppressed them, wearied with their amorous play.

San Agustín (*De civitate Dei*, libro catorce, capítulos dieciocho-venticuatro) razona largamente ese parecer y opina que antes del pecado "las partes del varón y de la mujer eran movidas por la voluntad, no estimuladas por el torpe apetito". El Doctor Angélico (*Summa*, cuestión 98, segundo artículo) confirma esa opinión verosímil y agrega que el placer, aunque sujeto a la voluntad, tiene que haber sido más vivo en cuerpos no mellados por el pecado.

Como en el *Sánin* de Arzibáshef, como en algunas aventuras de Chaplin, como en el *Martín Fierro*, la última escena de *Paradise Lost* es una partida.

They, hand in hand, with wandering steps and slow,
Through Eden took their solitary way.

Addison condenó ese final de carácter cíclico y propuso que lo tacharan; Bentley, que los substituyeran estos dos versos, impíamente manufacturados por él:

Then hand in hand with social steps their way
Through Eden took, with heavenly comfort cheered.

J. L. B.

IGNAZIO SILONE: *La escuela de los dictadores* (Editorial Losada, S. A.). — Es patética la situación de los escritores segregados de su propio país, al que los amarran poderosos vínculos de solidaridad entrañal. Obligados a vivir fuera del ámbito geográfico que les fuera familiar, sin que nadie les pueda constreñir a cambiar simultáneamente su tradición y su cultura, acabarán por mirar a la patria lejana con esa mezcla de enajenación y tierno espanto con que — en ciertas novelas fantásticas — la cabeza de un ajusticiado, mantenida viva merced a infernales maquinarias, contempla su propio cuerpo decapitado.

Y lo tremendo del caso, en los momentos actuales y para los escritores desterrados de los países totalitarios, es que la imagen es exacta. Thomas Mann seguirá siendo para nosotros la auténtica voz de la auténtica Alemania, como Ignazio Silone la expresión más valedera de Italia. ¡Con qué dolor no han de sentir esa falta de intercambio directo de valores vitales permanentes que sólo es posible mediante la convivencia! Algo que nadie aprovecha, que sólo deriva hacia lo puramente animal, o que va a encerrarse para siempre en ese callejón sin salida que son las almas de los puros contemplativos, algo que ellos no captan para trasmutarlo en esencias humanas, se pierde diariamente en sus respectivos países, y se pierde para esos mismos países y para la humanidad entera, en un desangrarse lento, absurdo, porque los órganos diferenciados de la especie — los escritores — no participan de su riego.

Y frente a ese espectáculo, las cabezas, vivas e impotentes en su forzada inmovilidad, sienten a sus patrias que les duelen como llagas, como dijera Unamuno en semejante situación.

Silone, en especial, escritor aún joven y ya entrando en la madurez, en ese momento en que el intercambio con la propia raza y el propio suelo son más valiosos para el artista, sufre la enfermedad de su patria como propia, y la peste fascista no es para él un simple cuadro clínico de interés académico, sino el tremendo peligro que nos amenaza día y noche y contra el que es necesario luchar sin desmayo. Su *Pan y Vino*, que acaso quede como la más grande de las novelas italianas contemporáneas, nos mostró "in vivo" el cuadro desolador de un país atacado por ese morbo: subvertidos todos los valores religiosos, morales, políticos. La ola de irresponsabilidad colectiva anegando a una región otrora tan rica en recias personalidades, sumergiéndolas una a una, ya con el aniquilamiento moral, ya con la muerte física. El espectáculo de un infierno más atroz que el dantesco, no con sus círculos estacionados y definitivos, sino

con los condenados sorbidos incesantemente por un vórtice insaciable que los succiona hacia lo más hondo. Sólo un hombre que siente el drama de su país como el suyo propio — un gran patriota en definitiva — es capaz de enfocar de una manera tan íntegramente humana el problema. Y sólo un gran escritor es capaz de realizar el milagro de transformar ese dolor en una obra de arte.

Pero en Silone hay algo más que un artista: hay un hombre de ciencia, un investigador social, con un fino sentido de su misión. En *Pan y Vino* supo mantenerse al margen, proporcionar al escritor los documentos que necesitaba para que su labor se afincara en una realidad más profunda. En su nuevo libro, *La Escuela de los Dictadores*, el escritor salda su deuda dándole al hombre de ciencia su estilo eficaz, su agudo humorismo, su visión superior de las cosas, para que realice a fondo un estudio sobre la etiología, el desarrollo y trabazón anatómica interna del fascismo.

Claro está, y esto debemos confesarlo, que hubiéramos preferido un nuevo libro comandado por el Silone escritor, lo que no significa por cierto que *La Escuela de los Dictadores* no sea una obra de ponderables valores; sino que aun sentimos nostalgia por ciertas situaciones admirables de *Pan y Vino*.

Silone ha realizado este nuevo libro en la peligrosísima forma dialogada.

Es sabido que en la mayoría de los escritos doctrinales que adoptan esa forma de "diálogos filosóficos", los personajes se dividen en dos categorías: una en la que toman parte los que tienen las mismas opiniones que su autor, y que aun en los momentos más difíciles de la discusión conservan cierto airecillo de suficiencia, porque hay algo en su interior que les asegura que, a pesar de todo, tienen un dios aparte — el autor — que les hará salir airosos de la prueba, y la otra integrada por los desahuciados a priori, que pueden lucir todos los primores de la dialéctica más sutil, sin que ello les sirva para otra cosa que hacer resaltar el triunfo de sus contrincantes y la propia derrota final inevitable. ¿Ocurre exactamente esto en el libro de Silone? No, por cierto. No ocurre, pero ello es debido a que la forma dialogada no es en rigor nada más que externa. En verdad, el auténtico diálogo sólo puede ser presidido por el amor platónico de las ideas; es una búsqueda, un acercamiento paulatino hacia la Idea. En el verdadero diálogo, el tira y afloja de la dialéctica tiene algo de la lucha sexual, de la oposición necesaria para la creación o el descubrimiento del nuevo ser.

Y en *La Escuela de los Dictadores* no existe este tipo de diálogo porque no hay amor entre sus personajes, que cruzan sus monólogos permaneciendo

inmunes ante las razones del contrincante. La conversación tiene siempre algo de conversión. Pero en un teorema geométrico, aunque obedezca todo él a un rigor lógico, el lado de un triángulo no trata de "convertir" a los otros dos lados del triángulo. Son elementos intercambiables, diferenciados mortalmente entre sí. Y los tres personajes que hablan en el libro de Silone son algo así como los tres lados de un triángulo, objeto de la investigación matemática, más que política, del fascismo. Con esa objetividad casi geométrica ha planteado Silone el problema fascista. Es un triángulo isóceles, cuyos lados iguales son: la apetencia de poder por el poder mismo, encarnada en Mr. Döbbl Juh, supuesto aspirante a dictador norteamericano, y la reverente actitud del intelectual sumiso, es decir de la inteligencia domesticada pero que aun se empeña en mantener las formas digamos filosóficas, personificadas en el profesor Pickup, tan bien retratado en aquella frase que nos pinta su "aspecto imponente aunque inofensivo de león vegetariano". Y como base tenemos a Tomás el Cínico, yo diría más bien el Escéptico, en el etimológico sentido de Espectador, de contemplador objetivo del fenómeno social.

En esta verdadera fuga a tres voces van desfilando en ininterrumpido contrapunto las proposiciones más opuestas, sin que en verdad se llegue nunca a un choque entre ellas, como si se movieran en distintas dimensiones. Mr. Döbbl Juh aspira, no a un conocimiento objetivo de la realidad política, sino a recoger el fruto ya maduro de ese mismo conocimiento. No le interesa tanto la botánica como el comercio de frutas. Esta actitud es la más sintomática de la actual barbarie, y trae como inevitable consecuencia la falaz creencia de que algún día los fruteros suplantarán a los inútiles naturalistas.

El profesor Pickup, por su parte, trata de reemplazar el método puramente objetivo de la investigación sistemática, cuyas conclusiones pueden llegar a ser funestas en determinadas circunstancias para un gobierno fuerte, por lo que él llama la Neosociología, cuyo principio fundamental e indiscutible es el siguiente: "El hombre es el hombre y la sociedad es la sociedad". Con tan elástico apotegma (en el fondo tal vez no tan humorístico como "cogito, ergo sum") va creando un instrumento, sino de conocimiento, al menos de adecuación de las nociones a la realidad inmediata de los hechos políticos. El fascismo aparece, así, como lo que en el fondo es: un super-pragmatismo.

Tomás el Cínico es la vieja inteligencia fríamente escrutadora, la de Demócrito, la de Bacon, desmenuzadora de hechos, que busca entre la realidad, con-

vertida en añicos por su análisis, el alma viviente de esa misma realidad. Y lo absurdo y maravilloso del caso es que la encuentra repetidas veces, como que el desmenuzamiento es casi siempre de hechos lógicos, esa caparazón que oculta a la irreductible realidad ilógica e irracional. Por eso lo que llamamos muchas veces síntesis no es sino un desnudar — por medio del análisis — a la verdad de sus vanas apariencias racionales.

Para este trabajo revelador o develador, sólo se requiere una sumisión humilde, hecha de honradez científica y filosófica, un seguir el hilo del laberinto sin intentar escapatorias subterráneas ni evasiones aéreas. Sólo así, con eso que el "estúpido siglo XIX" llamaba "ética profesional", tan despreciada en nuestros inteligentes tiempos por el albañil como por el sociólogo, se llega al corazón de los problemas.

Los aciertos de Silone, al penetrar la esencia del fascismo, son múltiples, aunque acaso pudiera calar más hondo en ocasiones. Su interpretación psicológica de la estructura espiritual del fascismo es tal vez lo más notable del libro. Según ella, hay una transfusión de la imagen del jefe (Fuehrer o Duce) que es asimilada por el yo ideal de cada individuo, mientras ese yo ideal es proyectado hacia afuera y encarnado en el Jefe. "Gracias a este dinamismo psíquico, a esta verdadera identificación de la masa con el jefe, todo individuo, hasta el más mezquino y desgraciado, ¿qué digo? sobre todo él, tiene la posibilidad de disimular la debilidad propia y de tomarse sobre la vida un ilusorio desquite, mientras la personalidad del jefe trasciende de golpe la mediocridad de su yo empírico, se enriquece y se adorna de todas las cualidades, ávida e inútilmente apetecidas para sí por millones de pobres individuos y surge en el cielo de la patria con la aureola del salvador mítico".

Admirable es también la capacidad de crítica imparcial de Silone, al estudiar al fascismo como sucedáneo del socialismo, y las posibilidades de éste para imponerse en la lucha: "El fascismo no teme competencia en el desprecio hacia el hombre. Si el socialismo es demasiado débil para vencer como libertad, sus resultados son catastróficos para imponerse como tiranía. Sólo al fascismo le está permitido todo. La crítica fascista de las insuficiencias de las democracias "burguesas", por ejemplo, es un engaño cosido con hilo blanco."

Por su aporte de datos presentados con un criterio sistemático, iluminado de ingenio de calidad y observaciones agudísimas, el libro de Silone quedará

como una obra imprescindible de guía para los historiadores — esos descifradores de sueños — del futuro, que quieran penetrar en el conocimiento de la pesadilla fascista.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

Colección Infantil (Editorial Sudamericana). — Bajo la dirección de D. Oliverio Girondo, se acaban de editar cuatro volúmenes para niños, de una serie que se proyecta hacer extensa. Son ellos: *Historia del general San Martín,* con texto de Julio Rinaldini e ilustraciones de Antonio Berni, *Geografía Argentina,* de María Rosa Oliver, ilustrada por Horacio Butler, *Alí Babá y los Cuarenta Ladrones,* adaptación de A. Guillot Muñoz comentada gráficamente por Toño Salazar y *El Niño Dios,* relato de la infancia de Jesús por Leopoldo Marechal, aprobado por la Curia y adornado con composiciones de Ballester Peña.

Simultáneamente con la aparición de esos cuatro libros infantiles en las librerías, se exponían en las salas de Amigos del Arte los originales de las ilustraciones, páginas sueltas de los volúmenes impresos, diversos "estados" de la impresión en colores y proyectos de compaginación. En esa forma pusiéronse a la vista del público apreciables elementos de juicio para valorar el esfuerzo desarrollado por la editorial y sus colaboradores en el cumplimiento de una obra acaso única hasta ahora en los anales de la imprenta argentina.

En un comentario del señor Girondo, referente a la historia del libro para niños, que sirve de prólogo al catálogo de la mencionada muestra, dice el comentarista al reclamar indulgencia por las imperfecciones — ciertamente insignificantes — que pueden encontrarse en los tomos publicados: "Creemos, sin embargo, no equivocarnos al afirmar que, tal como ellos son, soportarían sin desmedro que se les comparara con los mejores libros para niños que se publican en cualquier parte del mundo". Tal afirmación, aunque parezca

atrevida, se justifica cuando uno examina atentamente el conjunto de la edición y pesa sin prejuicios el criterio que presidió su cumplimiento. Pocas son, en nuestro país, las cosas que actualmente pueden compararse sin temor con las producciones europeas o norteamericanas. Pocas serían también, a nuestro criterio, las que resultaran inferiores a aquéllas si los argentinos se empeñaran siempre, como en este caso, en realizar lo mejor posible dentro de las enormes posibilidades de esta tierra. Es motivo de honda satisfacción comprobar que, en cuanto se refiere a los libros infantiles de la Sudamericana, queda fundamentada la consistencia de nuestra fe en la Argentina.

Los cuatro tomos, formato álbum, atraen a primera vista por sus cubiertas de sonrientes colores: celeste, azafrán, cobalto, "vieux rose". Abiertas sus páginas, seducen la composición en cuerpo grande y elegante, así como las vistosas y abundantes ilustraciones. Escritores y artistas — adviértase que fueron elegidos entre gente de probadas condiciones y no en las filas de los anónimos como suele hacerse con dramática frecuencia — se han entendido bien, han realizado verdadera obra de colaboración. Los textos sugieren las imágenes, las imágenes se ajustan al texto. También los temperamentos individuales han sido bien pesados antes de confiárseles determinada tarea, de modo que las "parejas" se formaron armoniosamente para tratar el tema religioso, el tema geográfico, el tema histórico, el tema de pura imaginación. El mal libro para niños gusta a los niños, y les hace daño, sin agradar a los grandes. El buen libro infantil entusiasma por igual — aunque por diversos motivos — a adultos y criaturas. Si aceptamos este principio, encontraremos a las cuatro obras una justificación más en nuestro propio deleite de lectores maduros. Con una reserva quizá: la irresistible comicidad de Toño Salazar acaso sea demasiado "sofisticada", de un humorismo, aunque real, excesivamente serio para las mentes infantiles. Pero en tal caso deberíamos adoptar el "Alí Babá" de Toño como libro para niños mayores de 30 años y nada se habría perdido.

La mística prosa de Leopoldo Marechal, que resume con poesía y unción los primeros años del Salvador, ha sido comentada en bellos dibujos lineales acuarelados por un artista dominado por el tema religioso: Ballester Peña ha sabido dar a sus rítmicas composiciones un resplandor de vitrales góticos; las ha concebido como un artista *primitivo* y profundamente cristiano, sin desentenderse de las más recientes conquistas de la plástica. Ha logrado — por cierto como los demás ilustradores — poner a tono su estilo personalísimo con

la misión precisa que le fué encomendada y que desde luego, por razones de unidad de la obra, requería cierta restricción de los propósitos individuales.

Tampoco es el menor de los méritos de Antonio Berni aquel de haber comprendido que no se debía innovar con la figura del general San Martín, cristalizados ya los rasgos de su epopeya en los trazos firmes de la leyenda. Nos ofreció, pues, del gran capitán una imagen deliciosamente convencional — es, en este caso, un elogio — con alegorías populares y atrayentes, cuadros de batalla recorridos por huracanes de triunfo y algunas soluciones sumamente ingeniosas de problemas difíciles para el ilustrador. Demasiada preocupación de simplicidad en algunas figuras, como por ejemplo el encuentro de San Martín y Bolívar, en que hubiéramos querido ver contrastados el esplendor de los entorchados del venezolano con la alba sobriedad del uniforme del argentino, pero, en conjunto, una encantadora imaginería de Epinal realzada por el poder plástico de ese artista vigoroso. El texto de Julio Rinaldini es posiblemente el más adaptado de los cuatro a la psicología infantil. Subraya oportunamente, pinta en muy breves rasgos, la figura enorme del Libertador, resume bien los hechos, tiene su poesía legendaria.

María Rosa Oliver, por su parte, conduce de la mano al niño lector en el complicado viaje a través de las cinco regiones, las catorce provincias y las diez gobernaciones argentinas, señalándole con inteligencia, y con un retenido e intenso amor por la patria, las infinitas bellezas del suelo. La tarea era probablemente la más ingrata de todas. Su talento le ha dictado un texto de inesperada amenidad. También habrá sentido Horacio Butler, en el primer momento, el peso aplastante del encargo que se le hizo. Dificilísimo era ilustrar artísticamente una geografía. Lo ha cumplido en una forma que merece el más incondicional aplauso, logrando dar carácter de obra de arte hasta a los adustos mapas de divisiones territoriales y comunicaciones, que en la *Geografía Argentina* alternan con exquisitas viñetas de zonas características, entre las cuales descuellan los paisajes "narrativos" del Delta y del Iguazú así como los de los lagos del sur y del estrecho de Magallanes. Los originales de esas ilustraciones, tal como los vimos en Amigos del Arte, eran verdaderas joyas. Algo han perdido en la impresión de su frescura y su riqueza de color.

Fáltanos comentar el "Alí Babá" de la pareja A. Guillot Muñoz-Toño Salazar, que merece capítulo aparte. La adaptación de uno de los cuentos más hermosos e intensamente sugestivos del mundo es fina y elegante. Desarróllase

el relato con soltura y conserva lo esencial, en esplendor y misterio, de la narración árabe. Nos preguntamos por qué la sutil y seductora Morgiana perdió su condición de esclava para convertirse caprichosamente en hija adoptiva de Alí Babá. Pero el detalle no es de importancia ni altera los méritos del texto. En cuanto a las ilustraciones, son las más decorativas, las más hermosamente construídas y distribuídas en el conjunto de la edición. Toño Salazar nada ha cedido de su personalidad: está íntegro y tal como le conocemos, con su enorme talento satírico, en cada una de las fastuosas imágenes del tomo. Ha visto a los personajes del cuento en caricatura. Todos son cómicos, el buen Alí, el avaro Kassim, la venusina Morgiana, los cuarenta ladrones. Cómica es la muerte del avaro, trucidado con dinamismo de dibujo cinematográfico; cómica la ejecución del jefe de los salteadores disfrazado de mercader. Dentro de ese tono jocoso, hay todos los aciertos que podían esperarse de un decorador tan eximio en punto a color, distribución de las masas, creación de ambiente, tipificación. Pero, como dijimos ya, acaso no llegue tanto esta obra a los niños a quienes está destinada como las demás de la tentadora colección.

J. E. P.

Crítica de Arte

EL GRUPO ORIÓN

Una agrupación de pintores jóvenes surge en Buenos Aires. Rechazadas las obras de casi todos ellos en el Salón Nacional de 1939, exponen en la hospitalaria sala de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos, y allí encuentran la cordial adhesión y el apoyo de numerosos y calificados visitantes. Poco importa su fracaso en la muestra oficial: el grupo *Orión* revista en la extrema vanguardia y paga como tantos otros el precio de su rebeldía y su irreverencia. Acaso su superrealismo de hoy no dure mucho. Es el fruto de una plausible aspiración poética, de un ardiente deseo de inmaterialidad, de un muy justificado horror de lo pedestre. Pero quizá, en el curso de los años próximos, la artificialidad de la escuela superrealista se manifieste a los ojos de esa juventud y la abandonen. O le den una orientación totalmente nueva, enriqueciéndola y afirmándola. Sea lo que fuere, lo que poseen ya, lo que no perderán — lo que sin duda debió considerarse más a fondo al ser juzgada su obra por el jurado de admisión — es su indudable capacidad técnica, su fuerte sentido de la plasticidad. El grupo *Orión* está constituído por Bruno Vernier, Vicente Forte, Orlando Pierri (el único admitido en el Salón), Luis Barragán, Antonio Miceli, Juan Fuentes, Alberto Altalef, Leopoldo Presas, Ideal Sánchez: egresados de la Escuela de Artes Decorativas, alumnos de maestros cabales como Emilio Centurión, Spilimbergo y otros. Poca duda cabe de que sus nombres figurarán todos, mañana, destacadamente, en el movimiento artístico argentino. Vernier aspira a lo monumental por la senda de un constructivismo expresionista en tonos neutros; Forte, procedente del cubismo, experimenta hoy las posibilidades emotivas de la escuela de Miró y Dali, con un colorido algo chocante; Pierri es superrealista, con armonías tonales muy sensibles, pero una composición desgarrada; Miceli aun está en el tanteo, con inclinaciones picassianas; Fuentes puede clasificarse dentro de un expresionismo a la italiana, vigoroso e inquietante; Altalef tiene de la pintura una concepción análoga a la de Vernier, con

un fondo más directamente Cézaniano; Presas está más cerca del barroco (aunque sorprenda). Las dos figuras más destacadas del grupo son Ideal Sánchez y Luis Barragán. Sánchez, un gran imaginativo, con su honda sensibilidad de colorista, firma lo que es realmente una pequeña obra maestra: *Metamorfosis;* y un *Homenaje a Giorgone* que mucho dice de su gusto seguro y su libertad de interpretación. *La inquietud del marinero rojo, Historia Oculta* con su hermoso desnudo en un paisaje de agua y cielo, y *El Llanto* acompañan dignamente, sin superarla, la tela mencionada en primer lugar. En Luis Barragán encontramos una poderosa afirmación plástica, unida a una emotividad poco común. Su tema es la mujer; la mujer objeto de amor. Sensible como una tabla de primitivo es *Encinta,* obra de intensidad expresiva y anímica. Otros aciertos de poesía formal e interior son *Nocturno amoroso* y *La busca del amor.*

El año próximo volverá a reunirse el *Grupo Orión* en Amigos del Arte, siempre abierto a las expresiones originales. El público más vasto que tendrá en esa oportunidad reconocerá — lo vaticinamos — el valor indudable de su esfuerzo.

Exposición Eugenio Daneri

En Amigos del Arte expuso Eugenio Daneri un conjunto de figuras y, principalmente paisajes, que contrastaba en singular medida con la mediocridad habitual de las recientes muestras individuales. Daneri, impresionista a su modo, tiene una visión melancólica de las cosas: melancólica y tierna. Busca los rincones humildes de Buenos Aires y los alrededores, pónese a tono con ellos y siempre extrae de su motivo aparentemente insignificante, la poesía y la belleza que ocultan a ojos menos bondadosos que los suyos. Íntimos y descriptos en tono menor, sus paisajes llegan al espectador precisamente por esa adoración franciscana de la naturaleza que revela su autor. No hay allí brillo alguno ni nota llamativa. Oficio sencillo, sentimientos simples y esenciales, expresión directa sin estrépito. Un contacto real con el suburbio y, por consiguiente, una fiel interpretación libre de su ambiente peculiar. A veces, un destello de lirismo templado, en celajes suntuosos, en callejuelas revestidas de oro por la puesta del sol. Las figuras participan de la misma concepción sobria y se expresan en análogos términos de ternura, con una tristeza vaga.

Primeras expresiones plásticas

Ese título dió el escultor Luis Falcini, director del Museo Municipal de Bellas Artes de Buenos Aires, a una exposición de pinturas infantiles organizada por él, con despierto criterio, en las salas de dicho instituto. Pinturas infantiles, decimos, omitiendo deliberadamente algunas producciones de adultos, que eran las menos y por cierto no interesaban tanto como las asombrosas acuarelas de los jóvenes tucumanos de 8 a 14 años, alumnos de la Escuela de Pintura al Aire Libre que dirige el pintor Edmundo González del Real. La libre confrontación del niño con el paisaje, si, en vez de guiarse su mano se le deja en la mayor autonomía y aún se intenta fomentar su visión menos convencional de las cosas, produce milagros. Había abundante motivo de deleite y admiración en la muestra del Museo Municipal, pues, por instinto, los niños dibujan y pintan con tendencia narrativa, como un Lorenzetti o un miniaturista del siglo XIII. En punto a espontaneidad de visión, a riqueza de colorido, a "realismo mágico" no decadente sino de una exquisita pureza, había mucho que aprender en esa exposición y esperamos que la hayan visto muchos pintores formados, y visto con humildad.

Una iniciativa ejemplar

En el Museo Municipal de Bellas Artes Juan B. Castagnino, de Rosario, se inauguró una exposición permanente de reproducciones en colores de obras maestras de la pintura. Todas las salas del piso alto del Museo han sido destinadas a la magnífica colección, que consta por el momento de doscientas seis piezas, cada cual con su correspondiente y armónico marco y que el director del instituto (arquitecto Hilarión Hernández Larguía) se propone ampliar poco a poco, de acuerdo con los recursos que se puedan arbitrar a tal efecto. Las reproducciones, ejecutadas por una firma alemana especializada en tales trabajos, son generalmente del tamaño de la obra original y, salvo escasas excepciones, se caracterizan por la notable justeza del colorido y la impresión perfecta. Seleccionadas con criterio certero, esas citocromías constituyen en su conjunto un resumen altamente instructivo de los principales museos de Europa. Carecen,

desde luego, de la poderosa sugestión de las pinturas originales, pero son la copia más fiel que en la hora presente puede obtenerse de aquellas obras maestras y forman un material didáctico de primerísimo orden. El público puede familiarizarse ahora en el Museo rosarino con todas las escuelas y todos los viejos maestros, y aún con algunos de los más destacados modernos. La colección de reproducciones es una útil enseñanza para el artista mismo, por cuanto se puede estudiar en ellas hasta la factura particular de cada uno de los pintores famosos, puesta en evidencia por el habilísimo procedimiento fotográfico. Impresiona hondamente la nueva galería porque, como ya dijimos, no mucho difieren las copias de los originales y en determinados casos (la *Piedad* de la Escuela de Aviñón, o el *Retrato del comerciante Gisze*, de Holbein por ejemplo) sorprenden y exaltan poco menos que la obra auténtica. Todos los grandes nombres del pasado están representados allí y no hay menos de veintisiete reproducciones de cuadros de Vincent Van Gogh, siete de Renoir, cuatro de Gauguin y tres de Cézanne como introducción a la nueva era de la pintura. Iniciativa ejemplar, la del Museo de Rosario. Esperamos sea seguida por otros institutos de provincias y de la capital.

JULIO E. PAYRÓ

Cuestiones Científicas de Nuestro Tiempo

CIENCIA, RELIGIÓN Y FILOSOFÍA

Imaginemos de encontrarnos reunidos con un grupo de sabios naturalistas, científicos de visión amplia que, a la par de dominar los estudios especializados que constituyen el objeto de las propias investigaciones, posean un conocimiento cabal de la ciencia a que pertenecen, sus recientes progresos y su estado actual. Sigamos imaginando que podemos conversar con ellos e interrogarlos acerca de cuestiones científicas, seguros de recibir las más satisfactorias respuestas.

Si el afán que nos mueve, al interrogarlos, no es meramente científico, las preguntas que formularemos no se referirán, seguramente, a sus propias investigaciones particulares, que sólo interesan a unos pocos especializados, sino a las cuestiones más generales de la ciencia natural que revisten un interés humano, cultural.

Y es muy probable, entonces, que afloren a nuestros labios aquellas cuestiones que han tenido siempre, para el hombre, un singular poder de atracción, aquellas preguntas que el hombre se formula inquieto y embargado por un extraño temor, pues se siente solidario con ellas y sabe que su destino va unido a sus respuestas; aquellas cuestiones, en fin, de cierto sabor metafísico sobre el origen del universo, del hombre y de la cultura, o acerca de la naturaleza de nuestro planeta, del espacio que nos rodea o de nuestro organismo, y que los científicos del siglo pasado declaraban, frecuentemente, ser incognoscibles para siempre y condenaban con un inexorable, pero quizá precipitado "ignorabimus".

No obstante, si nos animáramos a formular tales preguntas a ese grupo de naturalistas, no quedarían sin respuesta.

Esta oportunidad magnífica que imaginamos, nos la ofrece un interesante

libro [1] que, a pesar de su título inadecuado, pasa en revista a las probables respuestas que la ciencia natural daría hoy a esas cuestiones, a la luz de las actuales investigaciones científicas.

Así, siguiendo nuestra imagen, el astrónomo se referirá a las distintas teorías sobre el origen del universo compatibles con el estado actual de la ciencia, hablándonos de las imágenes cósmicas que ofrece la teoría de la relatividad y la contribución aportada por el moderno fenómeno del "universo en expansión". En otro orden de ideas nos hablará también de la posibilidad de vida en otros planetas, especialmente en Marte y Venus.

El geólogo nos hablará de la extraña constitución de la irregular corteza terrestre y de la formación de las montañas y de los continentes, según la sugestiva teoría de los continentes a la deriva (Wegener) y de los nuevos horizontes que el descubrimiento de la radioactividad ha abierto a la geofísica.

El meteórologo se referirá a la importante cuestión desde el punto de vista práctico, de la posibilidad de la previsión de las condiciones atmosféricas con anticipación y exactitud crecientes.

El físico tendrá mucho que decirnos: nos informará acerca de la naturaleza del espacio que nos rodea, de los extraños mensajes que éste nos trasmite a través de la radiación cósmica y nos dirá con qué materiales físicos está construída la naturaleza, introduciéndonos en ese fantástico mundo de la física actual, en el que las nociones físicas pierden todo carácter intuitivo y, desafiando el sentido común, se convierten en abstractos entes matemáticos.

El biólogo se referirá a aquellas cuestiones que nos atañen más íntima y directamente: el origen del hombre, su constitución y organización, el problema del sexo y el de la herencia, problemas estos últimos que la ciencia genética actual estudia con éxito creciente.

Finalmente, el arqueólogo y el etnógrafo nos hablarán de la cuestión del origen de las primeras manifestaciones culturales humanas: el fuego y los cultivos, mostrándonos, en este último problema, una insospechada colaboración entre los etnógrafos y los genetistas.

Fiel al sentido deportivo sajón, Haslett termina su libro enfrentando la

[1] A. W. Haslett: *Les problemes non résolus de la science* (traducido del inglés por J. Buhot y J. Rossignol) Hermann y Cía., París, 1938.

ciencia (natural) y la naturaleza, como dos pugilistas que sostienen un match, que en el momento actual parece draw, pues si bien la ciencia ha obtenido una serie de triunfos: radioactividad artificial, control de las ondas hertzianas, conquistas de la genética y medicina modernas; la naturaleza se mantiene aún invicta en otros capítulos: la luz de la modesta luciérnaga, como la seda del miserable gusano no han podido ser reproducidas por el hombre en iguales condiciones, la transformación directa de la energía solar en sustancia alimenticia, tal como la practica una humilde planta, está aún lejos de las posibilidades humanas, etc.

Otro género de reflexiones sugiere este libro, pues muestra cómo el afán de totalidad y el ansia de explicación que el hombre siente ante la naturaleza, pueden ser satisfechos no sólo por la religión y la filosofía, sino también y de una manera peculiar, por la ciencia.

No lo hace a la manera de la religión que satisface ese afán y ese anhelo mediante los dogmas, que la fe alimenta; ni a la manera de la filosofía que crea concepciones del mundo y sistemas metafísicos que confieren un sentido a la complejidad de los fenómenos naturales, otorgándoles unidad y organicidad. La ciencia crea, en cambio, sistemas conceptuales y estructuras teóricas que ni mantienen unidad entre sí, ni son definitivas ni únicas. Para un mismo problema puede, a veces, la ciencia, ofrecer varias soluciones que dejan un cierto margen de elección compatible con los temperamentos y formas de vida individuales.

Pero aún concurriendo la religión, la filosofía y la ciencia a satisfacer en el hombre idéntico fin, muestran estas tres manifestaciones humanas irreducibles diferencias.

En las soluciones que proporcionan la religión y la filosofía, la garantía que ofrecen es inmanente a las mismas y se revelan, respectivamente, en la coparticipación mística del hombre con el cosmos y en el sentido que envuelve y unifica los sistemas filosóficos. En cambio, en la ciencia, esa garantía reside fuera de los sistemas teóricos, es trascendente a ellos. En el caso de la ciencia natural [1], la "trascendencia" de los garantes de los sistemas teóricos se muestra

[1] Haslett, en su libro, llama ciencia a la ciencia natural, cometiendo el error, muy frecuente en los naturalistas, de eliminar así de la ciencia a la matemática y las ciencias culturales.

en el hecho de residir éstos en la naturaleza, en el variado comportamiento de sus múltiples objetos, debiendo la ciencia reproducir, a manera de copia o de modelo, esos comportamientos. Y en el mismo sentido que hablamos del mundo de la naturaleza, puede hablarse del mundo matemático, del mundo histórico, etc.

En otro aspecto se distinguen las soluciones que ofrecen la religión, la filosofía y la ciencia. Cada sistema que impone la religión es excluyente e incompatible con los demás, invade al ser con tal intensidad que imposibilita toda experiencia religiosa ajena al sistema. Los sistemas filosóficos, por su parte, no son tan excluyentes, cada uno admite, sin compartirla, la convivencia de los demás que quedan en la penumbra.

En cambio los sistemas científicos son compatibles y concurrentes, aun cuando varíen y se superen históricamente, aun cuando ofrezcan múltiples soluciones para un mismo problema. Los objetos a los cuales esos sistemas se refieren, sus relaciones y su comportamiento se destacan con tal nitidez que por variadas que se presenten las maneras de describirlos o de explicarlos, su grado de verdad queda incólume y esos sistemas conservan, para el hombre, su valor teórico, constantemente.

JOSÉ BABINI

INDICE

Pág.

El ausente, por *Juan Ramón Jiménez* 7

Prólogo al "Reino de la Verdad", por *G. Santayana* 11

Los avatares de la tortuga, por *Jorge Luis Borges* 18

Los sonámbulos, por *Alexeï Remizov* 24

El poeta y el villano, por *Denis de Rougemont* 34

Diálogo de los muertos, por *Francisco Ayala* 35

San Juan de la Cruz, por *María Zambrano* 43

NOTAS

Los libros: José Ortega y Gasset: "Ensimismamiento y alteración", por *Miguel Angel Virasoro* 61

Aldous Huxley: "After many a summer"; John Milton: "Complete poetry and selected prose", por *J. L. B.* . . 64

Ignazio Silone: "La escuela de los dictadores", por *Eduardo González Lanuza* 67

"Colección infantil", por *J. E. P.* 71

Crítica de arte: El grupo Orión. Exposición Eugenio Daneri. Primeras expresiones plásticas. Una iniciativa ejemplar, por *Julio E. Payró* 75

Cuestiones científicas de nuestro tiempo: Ciencia, religión y filosofía, por *José Babini* 79

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.

No se aceptan colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 037921
Título de marca Nº 159.486.

ESTE SEXAGÉSIMO TERCERO NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
TREINTA DE DICIEMBRE DE MIL
NOVECIENTOS TREINTA Y NUEVE,
EN LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES

El portavoz oficial de la Embajada Alemana define el porvenir que puede esperar la Argentina si Hitler realiza su programa.

EL GOBIERNO Y EL PUEBLO ARGENTINO CONDENAN LA AGRESION A FINLANDIA ALEMANIA LA APRUEBA

El cinismo de estas teorías se podrá apreciar en la traducción literal del articulo siguiente del "Deutsche La Plata Zeitung", de Bs. Aires, del 1°. de Diciembre de 1939.

1°. - La pretensión de Finlandia de querer ser considerada como gran potencia le ha sido fatal. Lo es en cuanto a su extensión, pero por su población no es mas que un pequeño estado.

2°. - No deben engañar a nadie las bellas teorías sobre el pretendido derecho de las pequeñas naciones.

3°. - Los pequeños estados deben tener en cuenta ante todo la realidad de su situación territorial.

4°. - No hay justicia internacional sino naciones poderosas y naciones débiles.

5°. - Los poderosos tienen derecho de aplastar a los débiles.

6°. - La ley de espacio vital es la única ley para Alemania y Rusia. En nombre del espacio vital Alemania se impondrá al mundo entero.

Traducción literal del artículo del "DEUTSCHE LA PLATA ZEITUNG"

Buenos Aires, 1 de diciembre de 1939

El espacio vital y el destino. El Conflicto Ruso-Finlandés.

Los tradicionales apóstoles de un mundo que cae en ruinas tienen otra vez la ocasión de tocar la cantinela sentimental de su organito político. La "pobre, débil pero valerosa Finlandia es atacada brutalmente por el imperialismo ruso" y las simpatías de los idealistas le están aseguradas pero no significa que se tenga intención de socorrerla. *No hay razones para ayudar a Finlandia.*

Finlandia no es la víctima de los designios agresivos del imperialismo ruso por amor a la agresión, como lo machacará la "prensa mundial" en los próximos días e incansablemente durante el tiempo que el tema siga siendo de actualidad.

Ya conocemos esta música estéril acompañada con el ritmo de hierro de la historia de Europa, de modo que es inútil volver a ocuparse de ella ahora.

No es posible ahogar para siempre la vida y la fuerza de crecimiento, despreciando las leyes más elementales que las seguirán rigiendo, y que no han sido detenidas más que por un momento por los charlatanes de la política y los aprovechadores de trágica habilidad en el seno del continente. Fué la época de Versalles en la que las leyes naturales del espacio furon reemplazadas por frases hipócritas de los representantes de intereses egoístas disimulados tras los derechos del hombre y los ideales humanos.

Por lo que se refiere a Finlandia su pretensión de querer ser considerada como gran potencia, le ha sido fatal. Lo es en cuanto a su extensión (388.217 kilóm. cuadrados), pero por su población no es más que un pequeño estado (3.700.000 habitantes). Si el gobiero finlandés hubiera tenido conciencia del alcance de esa desproporción habría seguido el ejemplo de los Estados del Báltico, los que, más cerca de la realidad, reconocieron las aspiraciones naturales de Rusia hacia la seguridad absoluta y el control de sus costas occidentales. También gracias a ello, esos países recibieron su independencia y su libertad de acción y así evitaron la tragedia de un conflicto armado sin objeto.

Finlandia, si se guiara por su propio interés y no por las sugestiones de Londres, seguiría ese camino, pues el coloso ruso no se detendrá ante la resistencia de la pequeña Finlandia: era preciso pensar en ello desde el principio.

El gobierno finlandés, responsable de los acontecimientos, ha mirado hacia Londres y Wáshington en vez de tener ante su vista el mapa del país; una ojeada a ese mapa le hubiera instruído mejor que la "gran simpatía" que los Estados Unidos tienen ahora por Finlandia sólo porque es único Estado que ha pagado puntualmente sus deudas.

Es infantil atribuir a tales consideraciones un valor político cuando se trata de un conflicto serio. Las cuestiones territoriales son aún cuestiones de poderío y deben resolverse mapa en mano y no con consideraciones sentimentales o pactos políticos. Las leyes del espacio no se dejan falsificar ni por una promesa de garantías inglesa! No solamente en Polonia lo hemos experimentado! *Finlandia se encuentra como un pequeño Estado en el camino de Rusia al mar.*

Para todo gobierno finlandés que quiera evitar a su pueblo los sufrimientos imprevisibles de una guerra sin objeto, no hay más que un solo medio: el entendimiento con Rusia.

La resistencia significa en ese caso el derrumbe y carece enteramente de eficacia en el desarrollo de los acontecimientos: a ese respecto *no debe engañarnos ninguna de las hermosas teorías sobre el pretendido derecho de las pequeñas naciones.*

Cuando los pequeños estados tienen derecho, deben ante todo supeditarlos, ellos mismos a la realidad de su situación territorial.

¿Cuál es la situación de Alemania en el conflicto ruso-finlandés?

La tradicional amistad germano-finlandesa no desviará jamás de su camino la política de las realidades alemanas.

El célebre y significativo telegrama de Guillermo II a Kruger sigue siendo el ejemplo de ideas y gestos no políticos.

Además, Alemania se encuentra en medio de las más arduas de las luchas que haya tenido que librar por su existencia. Se tomará nota de los acontecimientos que no intervienen en ese combate, pero no se desviará la atención que el destino ha confiado a la generación actual: la gurra de defensa contra las exigencias inglesas que será llevada hasta la victoria. Ese combate absorbe todo nuestro interés y toda nuestra energía.

Los intereses alemanes *no son vulnerados* por el conflicto Ruso-finlandés: eso *determina la actitud alemana de un modo claro e inequívoco.*

Ciertamente el gobierno del Reich se felicitaría, con todo el pueblo alemán, si le fuera posible a un nuevo gobierno finlandés evitar a su país la suerte de Polonia y ponerse de acuerdo con el gobierno de los Soviets sobre un arreglo pacífico y honorable de la diferencia que no radica de ningún modo en una cuestión vital. La indemnización que ha ofrecido Rusia a los finlandeses por la concesión exigida era, como lo ha expuesto en la transmisión por radio, Molotov, tan generosa que debería haber permitido el acuerdo, pues prometía al pueblo finlandés su unificación.

El observador político puede sacar una lección de los acontecimientos y destino de Finlandia.

La ley del espacio vital que se pronuncia hoy contra Finlandia en su juicio duro e implacable pesa también sobre Alemania.

Alemania está en el corazón del continente europeo arrinconada, sin escapatoria en su espacio limitado, entre el imperialismo francés siempre erguido contra Alemania desunida y débil y entre el mundo eslavo al este, la presión del cual no entraña un peligro menor.

Esta situación imponía un deber imprescindible: Alemania no puede existir más que siendo fuerte; una Alemania débil no puede tener pretensiones sobre el espacio que el destino le ha deparado. Sobre esta comprobación geopolítica descansa la política nacional socialista; esa comprobación y solamente ella, da todo su sentido a las palabras del führer: "*Alemania será una potencia mundial o no será!*"

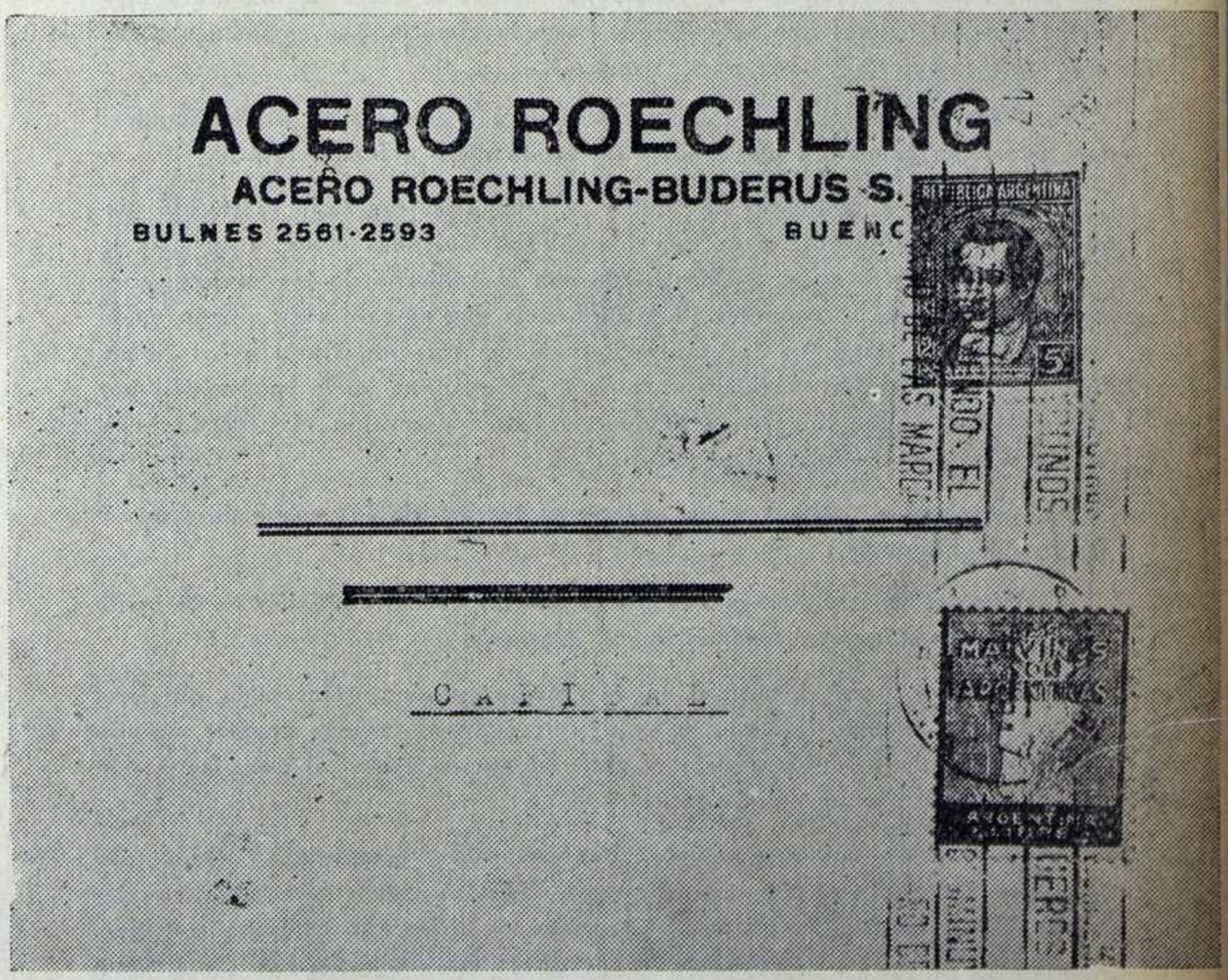
No es solamente en la cifra de su población que está basada la lucha por la vida de una nación, sino también en su posición político-militar y en su voluntad política.

Alemania necesita estar más fuerte que sus vecinos. La nueva Alemania si quiere subsistir, lo sabe, pues es la lección de una historia milenaria la que ha dado al pueblo alemán una tarea que no han conocido los demás pueblos.

Es en esta diferencia que radica la actual incomprensión que la política nacional socialista de afianzamiento militar y político ha encontrado siempre en el extranjero donde ven siempre militarismo alemán y política de poderío y *donde se ignora la implacable ley del espacio que es y seguirá siendo nuestro destino.*

OTRA HISTORIA:

Los inconscientes hacen el juego de los Alemanes. He aqui la fotografía de un sobre remitido por un buen Alemán Argentino.



¡ Las Malvinas serán luego espacio vital !

cocina eléctrica
COCINA PERFECTA

La COCINA ELECTRICA es la más cómoda, económica e higiénica. Permite preparar rápidamente y con éxito, cualquier plato o postre. Deja más tiempo libre a la dueña de casa. Evita el humo, el hollín, las cenizas... Funciona con sólo dar vuelta una llave. Su consumo goza de una tarifa especial, reducida.

CADE

COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.

Av. Pte. Roque Sáenz Peña 812

U. T. 35, Libertad 3001

y Sucursales en Capital y Provincia

FUNDADO EN 1822

EL BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

ofrece los servicios de su sección

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

la que además de la función inherente a su especialidad, se ocupa de la colocación de dinero en hipoteca por cuenta de terceros, de los cobros de pensiones y jubilaciones, etc. Atiende tanto a los propietarios radicados en ésta, como a los que se ausentan del país.

CASA MATRIZ — LA PLATA
AVENIDA ING. LUIS MONTEVERDE 726

CASA CENTRAL — BUENOS AIRES
CALLE BME. MITRE 451-457 — SAN MARTIN 241-253

84 SUCURSALES EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
10 AGENCIAS EN LA CAPITAL FEDERAL

Advertencia a Europa

por

Thomas Mann

con un prólogo de

André Gide

Dos grandes espíritus y un libro profético.

● ($ 1.20 m/n.)

Los judíos entre las naciones

por

Jacques Maritain

Lo que piensa un gran filósofo católico sobre este "inmenso y doloroso problema"

● ($ 0.60 m/n.)

HEMOS

adquirido

PRESTIGIO

como impresores de libros

Esta consagración no solamente se debe a la pulcritud y perfección, ya indiscutible, de cada obra que sale de nuestras prensas, sino también al excelente servicio y colaboración que prestamos a los autores. Para ello contamos con verdaderos artistas egresados de las más importantes escuelas del libro, y con un cuerpo de expertos correctores que poseen vasta erudición y amplios conocimientos técnicos. Disponemos asimismo de una gran maquinaria moderna, con un sinnúmero de implementos mecánicos y un surtido enorme de tipos procedentes de las mejores fundiciones del mundo, lo cual nos permite adaptar con toda justeza la letra adecuada para cada obra, según su índole.

Nuestra organización perfecta en sus más mínimos detalles CON MAS DE TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA, EN CONSTANTE SUPERACION AL SERVICIO DEL LIBRO, nos permite producir las mejores ediciones a precios sumamente moderados.

ANTES DE IMPRIMIR SU OBRA
CONSULTENOS

IMPRENTA LOPEZ

al servicio del libro

PERU 666 • BUENOS AIRES
TELEFONOS: 33, AVENIDA 5261 y 6917

EDICIONES SUR

Los católicos, la política y el dinero

por

PIERRE-HENRI SIMON

Libro en que se afrontan con la mayor claridad y valentía los deberes y las responsabilidades del catolicismo frente a los intereses de la política y del dinero.

($ 2.50 m/n.)

VIAJE OLVIDADO

por

SILVINA OCAMPO

Imaginación y lirismo, novedad y gracia de expresión se alían en las páginas de este primer libro, auténtica revelación de un valor nuevo en las letras argentinas.

$ 2.— m/n.

EDITORIAL LOSADA, S.A.

acaba de publicar:

CRISTAL DEL TIEMPO

EMIL LUDWIG: TRES DICTADORES... Y UN CUARTO . . . . . $ 2.50

LIBROS DE AUTORES NACIONALES:

AZUL Y BLANCO

HOMERO M. GUGLIELMINI: TEMAS EXISTENCIALES . . . $ 3.—

RAFAEL ALBERTO ARRIETA: ESTUDIOS EN TRES LITERATURAS . . . . . $ 2.—

A. MELIÁN LAFINUR: BUENOS AIRES (IMÁGENES Y SEMBLANZAS) . . . . . $ 3.—

BIBLIOTECA FILOSÓFICA

S. M. NEUSCHLOSZ: ANÁLISIS DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO . . . . . $ 4.—

ANGEL VASSALLO: ELOGIO DE LA VIGILIA . . . . . $ 2.—

BIBLIOTECA PEDAGÓGICA

FERNANDO SAINZ: EL MÉTODO DE PROYECTOS . . . . . $ 1.50

DR. DECROLY Y G. BOON: INICIACIÓN GENERAL DEL MÉTODO DECROLY . . . . . $ 2.50

JOHN DEWEY: EXPERIENCIA Y EDUCACIÓN . . . . . $ 2.—

V.VALLS: METODOLOGÍA DE LAS CIENCIAS FÍSICAS . . . . . $ 2.—

PUBLICACIONES DE MÉXICO

A. CUVILLIER: PROUDHON . . . . . $ 4.50

E. SÉE: ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL CAPITALISMO MODERNO . $ 3.75

M. PRENANT: RAZA Y RACISMO . . . . . $ 2.25

MARÍA ZAMBRANO: PENSAMIENTO Y POESÍA EN LA VIDA ESPAÑOLA $ 3.20

ALFONSO REYES: CAPÍTULOS DE LITERATURA ESPAÑOLA . . . . $ 4.—

H.LASKY: EL LIBERALISMO EUROPEO . . . . . $ 5.—

ADOLFO SALAZAR: MÚSICA Y SOCIEDAD EN EL SIGLO XX . . . . $ 4.—

J. MORENO VILLA: LOCOS, ENANOS, NEGROS Y NIÑOS PALACIEGOS $ 6.25

JUAN DE LA ENCINA: GOYA. (Su mundo histórico y poético). Con grabados $ 4.—

LEÓN FELIPE: ESPAÑOL DEL ÉXODO Y DEL LLANTO . . . . . $ 2.—

Solicite nuestro nuevo catálogo.

Adquiera estos libros en todas las buenas Librerías o en:

EDITORIAL LOSADA, S. A. • TACUARI 483, BUENOS AIRES

SUR

SUMARIO DEL Nº 62

NICOLÁS BERDIAEFF: La paradoja de la mentira ☆ *SILVINA OCAMPO*: Dos poemas ☆ *DENIS DE ROUGEMONT*: Angerona ☆ *JULIO RINALDINI*: Evolución y crisis en el arte contemporáneo ☆ *CARLOS ASTRADA*: La antropología filosófica y su problema ☆ *TEÓCRITO*: Las siracusanas o las fiestas de Adonis ☆ NOTAS ☆ *JORGE LUIS* BORGES: Joyce y los neologismos ☆ *PATRICIO CANTO*: A propósito de Freud ☆ LOS LIBROS por *Ramón Gómez de la Serna, E. Anderson Imbert, Francisco Ayala, J. L. B.* y *Roger Caillois* ☆ MÚSICA ☆ *VICENTE SALAS VIU*: Un camino cerrado: el folklore ☆ *ANDRÉS L. CARO*: Manuel de Falla ☆ CRÍTICA DE ARTE ☆ *JULIO E. PAYRÓ*: Salón de Artes Plásticas. Exposición Raquel Forner ☆ CALENDARIO

Algunas publicaciones de SUR

SIR A. S. Eddington
LA NATURALEZA DEL MUNDO FÍSICO

Conde de Keyserling
DEL SUFRIMIENTO A LA PLENITUD

Alain Fournier
EL GRAN MEAULNES

Luis Emilio Soto
CRÍTICA Y ESTIMACIÓN

Eduardo González Lanuza
LA DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES

León Chestov
LAS REVELACIONES DE LA MUERTE

Pierre-Henri Simon
LOS CATÓLICOS, LA POLÍTICA Y EL DINERO

Roger Caillois
EL MITO Y EL HOMBRE

S U M A R I O

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: El ausente ☆ *G. SANTAYANA*: Prólogo al "Reino de la Verdad" ☆ *JORGE LUIS BORGES*: Los avatares de la tortuga ☆ *ALEXEÏ REMIZOV*: Los sonámbulos ☆ *DENIS DE ROUGEMONT*: El poeta y el villano ☆ *FRANCISCO AYALA*: Diálogo de los muertos ☆ *MARÍA ZAMBRANO*: San Juan de la Cruz ☆ NOTAS ☆ LOS LIBROS por *Miguel Angel Virasoro, J. L. B., Eduardo González Lanuza* y *J. E. P.* ☆ CRÍTICA DE ARTE por *JULIO E. PAYRÓ* ☆ CUESTIONES CIENTÍFICAS DE NUESTRO TIEMPO ☆ *JOSÉ BABINI*: Ciencia, religión y filosofía.

D I C I E M B R E D E 1 9 3 9

H0006494

S1CJ.14.4.

$ 1.-